













REFLEXIONES Y MÁXIMAS






Marqués de Vauvenargues

Retrato apócrifo (Biblioteca de Méjanes, en Aix-en-Provence)



Luc de Clapiers
Marqués de Vauvenargues

REFLEXIONES Y MÁXIMAS

Traducción de Manuel Machado

Prólogo de José Luis García Martín










Colección *A LA MÍNIMA*
2
Director:
Manuel Neila

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento



Depósito legal: S. ***-2011 ISBN: 978-84-8472-618-0
Impreso en España Printed in Spain





PRÓLOGO












El héroe tranquilo

Un día de abril de 1804, al comienzo del diario de su tercer viaje a París, escribe Stendhal: «Leo a Vauvenargues, de lo que estoy muy contento».

Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues, es quizá el menos popular de los grandes moralistas franceses, al menos entre nosotros. Nació en Aix-en-Provence el año 1715. Quiso seguir la carrera militar, a pesar de que sus condiciones físicas no eran las más adecuadas. Combatió primero en Italia y luego en Bohemia, participando en la célebre retirada de Praga. Volvió a Francia «a comienzos de 1743, con la salud destruida; su fortuna, poco considerable, había sido agotada por los gastos de la guerra. Nueve años



de servicio solo le valieron el grado de capitán, sin esperanza ninguna de ascender».

Pretendió entonces dedicarse a la diplomacia, pero era escasamente hábil en el juego de las adulaciones cortesanas: «Vauvenargues, extraño en la corte, desconocido del ministro, cuyo favor pudiera solicitar, privado del socorro del jefe que hubiera podido apoyar su demanda, toma el partido de dirigirse directamente al Rey para atestiguarle su deseo de servirle en las negociaciones». El Rey, como era de esperar, no hizo ningún caso de aquella solicitud impertinente.

Una enfermedad que le desfiguró el rostro, la viruela, puso fin a cualquiera de sus ambiciones mundanas. «Entonces fue –seguimos citando a Suard, prologuista de las *Obras escogidas* de Vauvenargues traducidas por Manuel Machado– cuando, conservando como único recurso la misma filosofía que toda su vida le había guiado en la práctica de las virtudes, no encontró consuelo más que en el estudio y en el amor de las letras, que en todo tiempo le había sostenido contra las numerosas contrariedades». Poco



tiempo pudo dedicar a poner por escrito el resultado de sus estudios y de sus meditaciones. Murió en 1747, cuando aún no había cumplido los 32 años.

Gran admirador de Voltaire, llegó a ser amigo personal suyo. En una carta escrita en 1764, el autor de *Candide* le dedicó el siguiente epitafio: «Era un verdadero filósofo; vivió como un sabio y murió como un héroe, sin que nadie se enterase. Siempre estimaré su memoria».

Quizá consciente de que no viviría muchos años, publicó una recopilación de los trabajos a que había dedicado sus esfuerzos desde temprana edad. Le dio el título de *Introducción al espíritu del conocimiento humano, seguida de Reflexiones y máximas*. Cuando murió, al año siguiente de la aparición de su libro, ya tenía preparada una segunda edición, con cambios importantes, especialmente en las máximas: «He suprimido más de 200 pensamientos o demasiado oscuros o demasiado comunes, o inútiles. He cambiado el orden de las máximas que he conservado; he explicado algunas, he añadido otras, que he separado in-



diferentemente entre las antiguas. Si hubiese podido aprovechar todas las observaciones que mis amigos se han dignado hacerme respecto de mis faltas, hubiera hecho esta pequeña obra menos indigna de ellos; pero mi mala salud no me permite atestiguarles con este trabajo el deseo que tengo de complacerles».

Algunas de las máximas suprimidas: «La esperanza es el más útil o el más pernicioso de los bienes», «La utilidad de la virtud es tan manifiesta que los malvados la practican por interés», «Las cosas que mejor sabemos son las que no hemos aprendido».

Aunque consideraba a La Rochefoucauld como uno de sus principales maestros, Vauvenargues era en gran medida su opuesto. En el fondo del corazón del hombre, el primero –cortesano y disoluto– no veía más que engaño, traición, oportunismo, mientras que el segundo –tímido e introspectivo–, encontraba heroísmo, virtud y gloria. No faltan, sin embargo –como señala James Geary en su historia del aforismo, *The World in a Phrase*–, paralelismos en la vida de ambos: carrera militar, incapacidad de ganarse el favor de la



corte, rechazo final de la sociedad a la que se considera una farsa cruel e indigna. «La única gran diferencia –añade– es que Vauvenargues no vivió lo suficiente para beneficiarse de la sabiduría de la vejez».

Aunque tenía razones para ello, Vauvenargues carece del pesimismo de la mayoría de los moralistas, especialmente de los relacionados con el jansenismo, como Pascal. No desdeña a la humanidad, cree en la bondad de la Naturaleza. Reivindica el amor propio como motor de las hazañas de los hombres; no lo confunde con el orgullo ni con la vanidad. Aunque admiraba a Voltaire, no participaba de su actitud hostil hacia la religión. Eran un hombre de su siglo, un racionalista, pero si había perdido la fe ingenua de su infancia, no perdió nunca la nostalgia de la fe.

A los veinte años, lleno de sueños de grandeza, con las ilusiones de la juventud intactas, Stendhal leía con gran felicidad a Vauvenargues. Su precoz sabiduría, sin una gota de amargura, sigue manteniendo todo el encanto de la juventud. «La ingenuidad es luminosa –leemos en una de sus máximas póstumas–; hace

sentir las cosas delicadas a los que serían incapaces de sentirlas por sí mismos».

Cierto que no siempre habla Vauvenargues al hombre de todos los tiempos, que su moralismo –como no podía ser de otra manera– resulta muy de su tiempo, que a veces echamos en falta en sus reflexiones un poco de ironía, alguna concesión al ingenio.

Siempre razonable, siempre buscando la claridad («el mejor adorno de los pensamientos profundos», «No habría errores que no pereciesen por sí mismos formulados con claridad»), Vauvenargues no ha perdido nada de aquel encanto tímido y heroico que fascinó a Voltaire, en casi todo su contrario, y a Stendhal, tan parecido en sus comienzos, pero que luego tuvo la suerte de poder hacer verdad en la mentira de la ficción sus sueños de amor y gloria.

«Los que desprecian al hombre no son grandes hombres», escribió Vauvenargues. Él no incurrió nunca en ese desprecio. No se hacía demasiadas ilusiones sobre la humanidad («Si los hombres no se



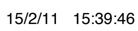
adulasen unos a otros, no habría sociedad posible»), pero no conoció el resentimiento ni perdió nunca la confianza en sí mismo a pesar de los reiterados fracaso: «Quien lo sabe sufrir todo, a todo se puede atrever».

José Luis García Martín









Nota a esta edición

En esta edición se reproduce la traducción de Manuel Machado, incluida en *Obras escogidas* de Vauvenargues, «con notas de Voltaire, Morellet, Suard, Fortia, etc., precedidas de un prólogo sobre la vida de Vauvenargues por Suard», según se lee en la portada.

El editor del volumen fue Garnier Hermanos, a quien tanto deben los escritores modernistas españoles que a finales del siglo XIX y principios del XX pasaron por París. Lleva la fecha de 1914.

El año anterior, Manuel Machado había publicado con la misma casa editorial su versión de la *Ética,* de Baruch Spinoza, y ese mismo año sacaría su versión de *Reflexiones, sentencias y máximas morales,* de La Rochefoucauld.





Nuestra labor se ha limitado a actualizar la ortografía y a corregir las erratas advertidas. Hemos añadido, además, las versiones de las máximas CL, CLI, CLII, CLIII, CCIV, CCV y DII que faltaban en la edición de referencia.

En español contamos también con dos excelentes traducciones actuales de las máximas de Vauvenargues, una debida a Cristóbal Serra (Cort, 2007) y la otra a Salustiano Masó (Almuzara, 2008).





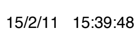


REFLEXIONES Y MÁXIMAS











I

Más fácil es decir cosas nuevas que conciliar aquellas que han sido dichas ya.

II

El espíritu del hombre es más penetrante que consecuente, y abarca más que le es posible.

III

Cuando un pensamiento es demasiado débil para expresar un concepto sencillo, nos indica que debe desechársele.





IV

La claridad adorna los pensamientos profundos.

V

La obscuridad es el reino del error.

VI

No habría errores que, expuestos claramente no pereciesen por sí mismo.

VII

Lo que constituye muchas veces el fracaso de un escritor es creer que debe presentar las cosas tal como él las percibe, o las siente.

VIII

Se rechazarían menos pensamientos de una obra, si se les concibiera lo mismo que el autor.

IX

Cuando un pensamiento se nos ofrece como un profundo descubrimiento y nos tomamos la pena de





desenvolverle, encontramos muchas veces que es una verdad ya conocida de todos.

X

Es raro profundizar el pensamiento de otro; de tal manera que si ocurre que llegamos a coincidir con él en la misma reflexión, nos persuadimos fácilmente de que es nueva; tal es el número de circunstancias que habían escapado a nuestra perfección.

XI

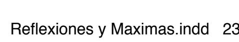
Si un pensamiento o una obra nos interesan más que a pocas personas, poco se hablará de ellos.

XII

Es gran señal de medianía alabar siempre moderadamente.

XIII

Las rápidas fortunas de toda clase son las menos sólidas, porque es raro que sean consecuencia del mérito.







Los frutos maduros, aunque laboriosos de la prudencia son siempre tardíos.

XIV

La esperanza anima al prudente, y engaña al hombre vano y al perezoso, que confían demasiado en sus promesas.

XV

Muchas desconfianzas y muchas esperanzas razonables se engañan.

XVI

La ambición ardiente destierra los placeres desde la juventud, para reinar ella sola.

XVII

La prosperidad crea pocos amigos.

XVIII

La continuada prosperidad desaparece, a veces, en un momento, como los calores del estío en un día de tempestad.





XIX

El valor cuenta con más recursos contra las desgracias, que la razón.

XX

La razón y la libertad son incompatibles con la debilidad.

XXI

La guerra no es tan cara como la servidumbre.

XXII

La servidumbre envilece a los hombres hasta el punto de amarla.

XXIII

Las prosperidades de los malos reyes son fatales al pueblo.

XXIV

No es dado a la razón corregir todos los vicios de la naturaleza.





XXV

Antes de atacar un abuso, es preciso ver si se pueden arruinar sus fundamentos.

XXVI

Los abusos inevitables son leyes de la naturaleza.

XXVII

No tenemos derecho a hacer míseros a los que no podemos hacer buenos.

XXVIII

No se puede ser justo si no se es humano.

XXIX

Algunos autores tratan la moral como a la nueva arquitectura, en la que se busca, ante todo, la comodidad.

XXX

Es muy distinto hacer fácil la virtud para establecerla, que igualarla al vicio para destruirla.





XXXI

Nuestros errores y nuestros distingos en la moral, provienen a veces, que consideramos a los hombres como si pudiesen ser completamente viciosos, o completamente buenos.

XXXII

No existe, tal vez, verdad alguna que no sea materia de error para un espíritu falso.

XXXIII

La generación de las opiniones es, como la de los hombres, buena y viciosa, alternativamente.

XXXIV

No conocemos el atractivo de las agitaciones violentas. Aquellos a quienes compadecemos por ellas, desprecian nuestra tranquilidad.

XXXV

Nadie quiere ser compadecido de sus errores.





XXXVI

Las tempestades de la juventud están rodeadas de días brillantes.

XXXVII

Los jóvenes conocen el amor tan pronto como la belleza.

XXXVIII

Las mujeres y los jóvenes no separan su estimación de sus gustos.

XXXIX

La costumbre lo hace todo, incluso el amor.

XL

Existen pasiones constantes o indiferentes; muchas sinceras: esto ha sido siempre así. Pero los hombres se precian de ser constantes 9 indiferentes, según la moda que domina siempre a la naturaleza.





XLI

La razón se avergüenza de inclinaciones de que no puede darse cuenta.

XLII

El secreto de los menores placeres de la naturaleza excede a nuestra razón.

XLIII

Es una pequeñez de espíritu el distinguir siempre lo que es estimable de lo que es amable. Las grandes almas aman naturalmente lo que es digno de su estima.

XLIV

La estimación se confunde con el amor.

XLV

Cuando se nota que nada existe para hacerse estimar de alguno, se está bien cerca de odiarle.





XLVI

Los que carecen de honradez en los placeres, no tienen más que falsedad en los demás asuntos de la vida. Demuestra un natural feroz aquel a quien el placer no hace humano.

XLVII

Los placeres enseñan a los príncipes a familiarizarse con los hombres.

XLVIII

El comercio del honor no enriquece.

XLIX

Los que hacen comprar su honradez, no nos venden ordinariamente más que su honor.

L

La conciencia, el honor, la castidad, el amor, la estimación de los hombres, son cuestión de precio. La libertad multiplica las ventajas de las riquezas.



LI

El que sabe hacer útiles sus liberalidades, realiza una grande y noble economía.

LII

Los tontos no comprenden a los hombres de talento.

LIII

Nadie como un tonto se cree tan hábil para engañar a los hombres de talento.

LIV

A veces nos preocupamos poco de los hombres sobre quienes la naturaleza nos esconde algún ascendiente, que son los que es preciso atraer y como incorporar a nosotros mismos, cuando los otros no corresponden a nuestros halagos más que por el interés, objeto el más sensible del mundo.

LV

No hay personas más agrias que las que son dulces por interés.





LVI

El interés hace pocas fortunas.

LVII

No es cierto que se haya hecho fortuna cuando no se sabe disfrutar de ella.

LVIII

El amor a la gloria hace las grandes fortunas entre los pueblos.

LIX

Tenemos tan poca virtud, que encontramos ridículo amar la gloria.

LX

La fortuna exige ciertos cuidados. Es preciso ser dúctil, divertido, astuto, no ofender a nadie, agradar a las mujeres y a los hombres de influencia, tomar parte en sus diversiones y en sus negocios, guardar su secreto, saber aburrirse en su compañía y aun con todo esto no se está seguro de nada. ¡Cuántos disgustos y eno-





jos se podrían ahorrar si se marchase a la gloria tan sólo por el mérito!

LXI

Algunos locos dicen en la mesa: Sólo nosotros somos buenos compañeros, y se les cree.

LXII

Los jugadores marchan delante de las gentes de talento, como teniendo el honor de representar a los ricos.

LXIII

Las personas de talento estarían casi solas si no existieran tontos que se preciasen de tenerlo.

LXIV

Quien madruga para escuchar en la Audiencia una información forense, para examinar cuadros expuestos en el Louvre, o para asistir al ensayo de una obra próxima a representarse, y se precia, en fin, de poder juzgar toda clase de trabajo ajeno, es un hombre a quien las demás veces no le falta más que el talento y el gusto.





LXV

No ofende menos el desprecio de los tontos que una mediana estimación de los hombres de talento.

LXVI

Es ofender a los hombres concederles alabanzas que marquen los límites de su mérito; pocos son lo bastante modestos para sufrir sin disgusto que se les aprecie en su justo valor.

LXVII

Es difícil estimar a algunos como quieren ser estimados.

LXVIII

Debemos consolarnos de no tener gran talento, como nos consolamos de no desempeñar grandes destinos. Se puede estar por encima de todo por el corazón.

LXIX

La razón y la extravagancia, la virtud y el vicio, tienen sus dichas. La satisfacción no es, nunca, señal de mérito.





LXX

La tranquilidad de espíritu ¿puede pasar como mejor prueba de virtud? La salud la proporciona.

LXXI

Si la gloria y el mérito no hacen dichosos a los hombres, lo que se llama dicha ¿merece sus afanes? Un alma algo valiente, se dignará aceptar la fortuna, el reposo del espíritu o la moderación, si fuese preciso sacrificar el vigor de sus sentimientos y abatir el vuelo de su genio?

LXXII

La moderación de los grandes hombres, no limitan más que sus vicios.

LXXIII

La moderación de los débiles es la mediocridad.

LXXIV

Lo que es arrogancia en los débiles, es elevación en los fuertes; como la fuerza de los enfermos es frenesí y la de los sanos vigor.





LXXV

La seguridad de nuestras fuerzas las aumenta.

LXXVI

No juzgamos tan diversamente de los demás como de nosotros mismos.

LXXVII

No es verdad que los hombres sean mejor en la pobreza que en las riquezas.

LXXVIII

Pobres y ricos, nadie es virtuoso ni dichoso si la fortuna no le ha colocado en su puesto.

LXXIX

Es preciso sostener el vigor del cuerpo para conservar el del espíritu.

LXXX

Poca utilidad se obtiene de los viejos.





LXXXI

Los hombres conservan la voluntad de prestar servicio en tanto pueden hacerlo.

LXXXII

El avaro se pregunta en secreto: ¿Soy el encargado de la fortuna de los míseros? y rechaza la piedad que le importuna.

LXXXIII

Los que creen no tener necesidad de los demás se hacen intratables.

LXXXIV

Es raro obtener de los hombres a quienes se necesita.

LXXXV

Bien poca cosa se gana con habilidad.

LXXXVI

Nuestros más seguros protectores son nuestros talentos.





LXXXVII

Todos los hombres se juzgan dignos de los más altos puestos; pero la naturaleza que no les ha hecho capaces para ellos, hace también que se contenten con los más modestos.

LXXXVIII

Se menosprecian los grandes designios cuando no se siente uno capaz de grandes éxitos.

LXXXIX

Los hombres tienen grandes pretensiones y pequeños proyectos.

XC

Los grandes hombres emprenden las grandes cosas porque éstas son grandes; y los locos porque las creen fáciles.

XCI

Más fácil es, muchas veces, formar un partido que llegar gradualmente a la cabeza de uno ya formado.





XCII

No existe partido alguno tan fácil de destruir como el que la prudencia ha formado. Los caprichos de la naturaleza no son tan frágiles como las obras maestras del arte.

XCIII

Se puede dominar por la fuerza, pero jamás por la destreza sólo.

XCIV

Los que sólo tienen habilidad, no ocupan en ninguna parte el primer puesto.

XCV

La fuerza puede emprender todo contra los hábiles.

XCVI

El fin de la habilidad es gobernar sin la fuerza.

XCVII

Hacer víctimas es ser medianamente hábil.





XCVIII

La probidad que impide a los espíritus mediocres alcanzar sus fines, es un medio más de éxito para los hábiles.

XCIX

Los que más saben sacar partido de los demás hombres, son de ordinario pocos accesibles.

C

Las personas hábiles no rechazan a nadie.

CI

La extrema desconfianza no es menos perjudicial que el extremo opuesto. La mayor parte de los hombres resultan inútiles para aquel que no quiere arriesgarse a ser engañado.

CII

Es preciso esperarlo todo y temerlo todo del tiempo y de los hombres.





CIII

Los malvados se sorprenden siempre de encontrar en los buenos habilidad.

CIV

Manifiestan igualmente un alma débil, tanto el poco secreto como el demasiado secreto en nuestros asuntos.

CV

La familiaridad es el aprendizaje de los espíritus.

CVI

Descubrimos en nosotros lo que los demás ocultan, y reconocemos en ellos lo que nosotros mismos ocultamos.

CVII

Las máximas de los hombres descubren su corazón.

CVIII

Los espíritus falsos cambian de máximas frecuentemente.





CIX

Los espíritus ligeros están dispuestos a la complacencia.

CX

Los embusteros son bajos y presuntuosos.

CXI

Pocas máximas son verdaderas en todos sus aspectos.

CXII

Se dicen pocas cosas sólidas cuando se trata de decirlas extraordinarias.

CXIII

Nos envanecemos bastante de persuadir a los demás de lo que nosotros mismos no pensamos.

CXIV

No se divierte un largo tiempo con el ingenio de los demás.





CXV

Los mejores autores hablan demasiado.

CXVI

El recurso de los que no imaginan es el contar.

CXVII

La esterilidad de sentimiento da pábulo a la pereza.

CXVIII

Un hombre que no cena ni come en su casa se cree ocupado; y el que pasa la mañana lavándose la boca y dando audiencia a su bordador, se burla de la ociosidad de un novelista que se pasea todos los días antes de comer.

CXIX

No existirían muchos dichosos si correspondiese a los demás decidir acerca de nuestras ocupaciones y de nuestros placeres.





CXX

Cuando una cosa no puede perjudicarnos, debemos reírnos de los que tratan de separarnos de ella.

CXXI

Existen más consejos malos que caprichos.

CXXII

Es preciso no creer fácilmente que lo que la naturaleza ha hecho amable sea vicioso. No ha existido siglo ni pueblo que no haya establecido virtudes y vicios imaginarios.

CXXIII

La razón nos engaña más a menudo que la naturaleza.

CXXIV

La razón no conoce los intereses del corazón.

CXXV

Si la razón aconseja algunas veces, más atrevidamente que la reflexión, es porque también da más fuerza para ejecutar.





CXXVI

Las pasiones cometen más faltas de juicio, por la misma razón que los que gobiernan comentan más que los particulares.

CXXVII

Los grandes pensamientos proceden del corazón.

CXXVIII

El buen instinto no tiene necesidad de la razón, pero la da.

CXXIX

Se pagan caros los menores bienes cuando no se les tiene más que por la razón.

CXXX

La magnanimidad no debe dar cuenta de sus causas a la prudencia.

CXXXI

Nadie está sujeto a más faltas que aquellos que sólo obran por reflexión.





CXXXII

No se hacen muchas cosas grandes por consejo.

CXXXIII

La conciencia es la más variable de las reglas.

CXXXIV

La falsa conciencia no se conoce a sí misma.

CXXXV

La conciencia es presuntuosa en los fuertes, tímida en los débiles y en los desgraciados, inquieta en los indecisos, etc.; órgano del resentimiento que nos domina y de las opiniones que nos gobiernan.

CXXXVI

La conciencia de los moribundos calumnia su vida.

CXXXVII

La firmeza o la debilidad ante la muerte depende de la última enfermedad.





CXXXVIII

La naturaleza agota por el dolor, adormece a menudo el sentimiento en los enfermos y detiene la volubilidad de su espíritu; y los que temían la muerte sin peligro, la sufren sin temor.

CXXXIX

La enfermedad extingue en algunos hombres el valor, en otros el miedo y hasta el amor a la vida.

CXL

No se puede juzgar de la vida por regla más falsa que la muerte.

CXLI

Es injusto exigir de un alma aterrorizada y vencida por las sacudidas de un mal terrible, que conserve el mismo vigor del que ha dado muestras en otros tiempos. ¿Es sorprendente que un enfermo no pueda andar, ni velar, ni sostenerse? ¿No sería más extraño que fuese aún el mismo hombre que en plena salud? Si hemos tenido un fuerte dolor de





cabeza y hemos dormido mal, se nos disculpa de ser incapaces de aplicación, y nadie cree por ello que hemos sido siempre perezosos. ¿Rehusaremos a un hombre que se muere, el privilegio que concedemos al que sufre de un dolor de cabeza, y nos atreveremos a asegurar que no ha tenido nunca valor mientras ha estado sano, porque le haya faltado en la agonía?

CXLII

Para ejecutar grandes cosas, es preciso vivir como si no se debiera morir jamás.

CXLIII

El pensamiento de la muerte nos engaña por que hace olvidarnos de vivir.

CXLIV

Me digo algunas veces a mí mismo: La vida es demasiado corta para merecer que me preocupe de ella. Pero si algún importuno me visita y me impide ves-





tirme y salir, pierdo la paciencia y no puedo soportar aburrirme durante media hora.

CXLV

La más falsa de las filosofías es la que bajo pretexto de librar los hombres del obstáculo de las pasiones les aconseja la ociosidad, el abandono y el olvido de sí mismos.

CXLVI

Si toda nuestra previsión no puede hacer dichosa nuestra vida, cuánto menos lo hará nuestra negligencia.

CXLVII

Nadie dice por la mañana: un día pasa bien pronto; esperemos la noche. Por el contrario, se piensa en la víspera lo que se hará al día siguiente. Nos sería pesaroso transcurrir un solo día a merced del tiempo y de los importunos. No dejaríamos al azar la disposición de algunas horas, y tendríamos razón; porque ¿quién puede prometerse para una hora sin tedio, si no se toma la precaución de llenar a su gusto





este corto espacio de tiempo? Pero esto que nadie osaría prometerse para una hora, nos lo prometemos a veces para toda la vida, y decimos: Somos bien tontos de no encomendar al azar nuestros destinos y de proveer al intervalo que existe entre nosotros y la muerte.

CXLVIII

Ni la desgana es señal de salud, ni el apetito es una enfermedad, sino todo lo contrario. Así se piensa respecto del cuerpo, pero se juzga del alma con otros principios. Se supone que un alma fuerte es la que está exenta de pasiones; y como la juventud es ardiente y más activa que la edad madura, se la considera como una época de fiebre, y se coloca la fuerza del hombre en su decadencia.

CXLIX

El espíritu es la mirada del alma, no su fuerza. Su fuerza está en el corazón, es decir, en las pasiones. La razón más esclarecida no logra por sí sola, obrar y querer. ¿Basta para poder andar tener la vista buena?





¿No es preciso también tener pies y voluntad para utilizarlos?

CL

La razón y el sentimiento se aconsejan y se suplen alternativamente. Quien sólo consulta a uno de los dos y renuncia al otro se priva desconsideradamente de una parte de los auxilios que nos han sido dados para guiar nuestra conducta.

CLI

Quizá debamos a las pasiones las mayores ventajas del espíritu.

CLII

Si los hombres no hubieran amado la gloria, no habrían tenido ni bastante espíritu ni bastante virtud para merecerla.

CLIII

Sin las pasiones, ¿habríamos cultivado las artes? Y la reflexión por sí sola, ¿nos habría permitido cono-





cer nuestros recursos, nuestras necesidades y nuestra industria?

CLIV

Las pasiones han enseñado a los hombres la razón.

CLV

En la infancia de todos los pueblos como en la de los individuos, el sentimiento ha precedido siempre a la reflexión y ha sido el primer maestro.

CLVI

Quien considerase la vida de un solo hombre, encontraría en ella toda la historia del género humano, que la ciencia y la experiencia no han podido volver bueno.

CLVII

Si es verdad que no se puede aniquilar el vicio, la ciencia que dé los que gobiernan es hacerle concurrir al bien público.





CLVIII

Los jóvenes padecen menos por sus faltas que por la prudencia de los viejos.

CLIX

Los consejos de la vejez alumbran sin calentar, como el sol de invierno.

CLX

El pretexto ordinario de los que causan la desgracia de los demás, es que desean hacer su bien.

CLXI

Es justo exigir a los hombres que hagan por deferencia a nuestros consejos, aquello que no quieren hacer por sí mismos.

CLXII

Hay que permitir a los hombres que cometan grandes faltas contra sí mismos, para evitar, un mal mayor, la servidumbre.





CLXIII

El que es más severo que las leyes es un tirano.

CLXIV

Aquello que no ofende a la sociedad no es de la jurisdicción de la justicia.

CLXV

Castigar sin necesidad es comprometerse ante la clemencia de Dios.

CLXVI

La moral austera aniquila el vigor del espíritu, como los discípulos de Esculapio destruyen el cuerpo para curar un vicio de la sangre, a veces imaginario.

CLXVII

La clemencia vale más que la justicia.

CLXVIII

Censuramos mucho a los desgraciados por sus menores faltas, y compadecemos mucho a sus grandes desdichas.





CLXIX

RESERVAMOS nuestra indulgencia para los perfectos.

CLXX

NO se compadece a un hombre por ser tonto, y puede ser que se tenga razón; pero se encuentra muy divertido creer que esa es su falta.

CLXXI

NINGÚN hombre es débil por su gusto.

CLXXII

CENSURAMOS a los desgraciados para dispensarnos de compadecerles.

CLXXIII

LA generosidad sufre por los males de los demás, como si fuese responsable de ellos.

CLXXIV

LA ingratitud más odiosa, pero la más común y más antigua, es la de los hijos hacia los padres.





CLXXV

No agradecemos a nuestros amigos la estimación de nuestras buenas cualidades, si se atreven, solamente, a percibir nuestros defectos.

CLXXVI

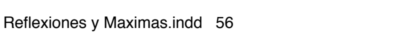
Se puede amar de todo corazón a aquellos en quienes se reconozcan grandes defectos. Sería una impertinencia creer que sólo la perfección tiene derecho de agradarnos. Nuestras debilidades nos atraen a veces los unos a los otros tanto como podría hacerlo la virtud.

CLXXVII

Los príncipes hacen muchos ingratos, porque no dan todo lo que pueden.

CLXXVIII

El odio es más vivo que la amistad y menos que la gloria.





CLXXIX

Si nuestros amigos nos prestan servicios, creemos que nos los deben a título de amigos; y que no pensamos que no nos deben su amistad.

CLXXX

No se ha nacido para la gloria cuando no se conoce el valor del tiempo.

CLXXXI

La actividad crea más fortuna que la prudencia.

CLXXXII

El que ha nacido para obedecer obedecerá hasta sobre un trono.

CLXXXIII

No parece que la naturaleza haya hecho los hombres para ser independientes.

CLXXXIV

Para sustraerse a la fuerza, hay que someterse a la justicia. La justicia o la fuerza, es preciso optar en-





tre estos dos señores; hasta tal punto estamos hechos para ser libres.

CLXXXV

La dependencia nace de la sociedad.

CLXXXVI

¿Podemos asombrarnos de que los hombres hayan creído que los animales se han hecho para ellos, si piensan lo mismo de sus semejantes, y la fortuna acostumbrada a los poderosos a no contar más que a ellos mismos sobre la tierra?

CLXXXVII

Entre los reyes, los pueblos y los particulares, el más fuerte se arroga derechos sobre el más débil, y siguen la misma regla los animales y los seres inanimados, de modo que todo se ejecuta en el universo por la violencia, y este orden, que censuramos con alguna apariencia de justicia, es la ley más general, más inmutable y de mayor importancia en la naturaleza.





CLXXXVIII

Los débiles quieren depender, a fin de ser protegidos. Los que temen a los hombres temen las leyes.

CLXXXIX

Quien sabe sufrirlo todo, puede atreverse a todo.

CXC

Hay injurias que es preciso disimular para no comprometer su honor.

CXCI

Es bueno ser firme por temperamento y dúctil por reflexión.

CXCII

Los débiles quieren, a veces, se les crea malos, pero los malos quieren pasar por buenos.

CXCIII

Si el orden domina el género humano, es una prueba de que la razón y la virtud son en él los más fuertes.





CXCIV

La ley de los espíritus no es distinta de la de los cuerpos; que no pueden mantenerse más que por una continua nutrición.

CXCV

Cuando los placeres nos han agradado, creemos haber agotado los placeres y decimos que nada puede llenar el corazón del hombre.

CXCVI

Despreciamos muchas cosas para no despreciarnos a nosotros mismos.

CXCVII

Nuestra desgana no es un defecto y una deficiencia de los objetos exteriores, como nos complacemos en creer, sino un agotamiento de nuestros propios órganos y un testimonio de nuestra debilidad.

CXCVIII

El fuego, el aire, el espíritu, la luz, todo vive por la acción; de aquí, la comunicación, la alianza de todos





los seres; de aquí, la unidad y la armonía en el universo. Sin embargo, hallamos que esta ley tan fecunda de la naturaleza es un vicio en el hombre, y como él está obligado a obedecerla, no puede subsistir en el reposo y acabamos por declarar que está fuera de lugar.

CXCIX

El hombre no busca más el reposo que por libertarse de la sujeción y del trabajo, pero no puede disfrutar más que por la acción, que es lo que sólo agrada.

CC

El fruto del trabajo es el más dulce de los placeres.

CCI

Donde existe dependencia en todo, hay siempre un señor; el aire pertenece al hombre, y el hombre al aire, y nada es a sí mismo ni parte alguna.

CCII

¡Oh sol, oh cielo! ¿Qué sois? Hemos sorprendido el secreto y el orden de vuestros movimientos. En





la mano del Ser de los seres, instrumentos ciegos y resortes, tal vez insensibles del mundo sobre que reináis, merecería nuestro homenaje. ¿Las revoluciones de los imperios, las diversas fases de los tiempos, las naciones que han dominado y los hombres que han regido los destinos de esas mismas naciones, las principales opiniones y las costumbres de que han participado la creencia de los pueblos, en la religión, las artes, la moral y las ciencias, todo esto ¿qué puede parecer? Un átomo casi invisible, que se llama hombre, que se arrastra sobre la superficie de la tierra, y que no dura más que un día y abraza en cierto modo de una ojeada el espectáculo del universo en todas las edades.

CCIII

Cuando se tienen muchas luces, se admira poco; cuando se carece de ellas, ocurre lo mismo. La admiración marca el grado de los conocimientos y prueba lo mismo la perfección que la imperfección de las cosas.







CCIV

No es gran ventaja tener el espíritu vivo, si no se lo tiene justo. La perfección de un péndulo no consiste en ir de prisa, sino en estar bien regulado.

CCV

Hablar imprudentemente y hablar con atrevimiento es casi siempre lo mismo; pero puede uno hablar sin prudencia y hacerlo con acierto; y no es preciso creer que un hombre tiene pensamientos falsos porque la osadía de su carácter o la vivacidad de sus pasiones le hayan arrancado, a pesar suyo, alguna verdad peligrosa.

CCVI

Hay más seriedad que locura, en el espíritu humano. Pocos han nacido risueños; la mayor parte llegan a serlo por imitación, fríos copistas de la alegría y de la vivacidad.

CCVII

Los que se burlan de las inclinaciones serias, aman seriamente las bagatelas.





CCVIII

Distinto genio, diferente gusto. No es siempre por envidia, por lo que recíprocamente nos rebajamos.

CCIX

Se juzga de las producciones del espíritu como de las obras mecánicas; cuando se compra una sortija, se dice: es demasiado grande; la otra es demasiado pequeña. Hasta que se encuentra una a la medida del dedo. Pero ninguna se queda en la joyería, porque aquella que a uno no le estaba bien, le sirve a otro.

CCX

Cuando dos autores han sobresalido igualmente en distintos géneros, no se tiene de ordinario bastante en cuenta el diverso grado de su talento; así Despreaux marcha a la par de Racine: esto es injusto.

CCXI

Me agrada un escritor que abraza todos los tiempos, y todos los países y relaciona muchos efectos con





pocas causas; que compara los prejuicios y las costumbres de los diferentes siglos; que por enseñanza sacada de la pintura o de la música, me hace conocer las bellezas de la elocuencia y la última relación de las artes. Digo de un hombre que así aproxima a las cosas humanas, que es un gran genio, si sus deducciones son justas. Pero si no ocurre esto, presumo que distingue mal los objetos o que no percibe de un solo golpe de vista todo su conjunto, y que, en fin, algo falta a la extensión o a la profundidad de su espíritu.

CCXII

Se distingue fácilmente la verdadera extensión del espíritu de la falsa, en que la primera engrandece sus sujetos, y la otra, por el abuso de los episodios y el alarde de erudición, los aminora.

CCXIII

Algunos ejemplos presentados en pocas palabras y oportunamente, dan más claridad, más peso, y más





autoridad a las reflexiones; pero demasiados ejemplos y demasiados detalles, enervan siempre un discurso. Las digresiones demasiado largas o demasiado frecuentes, rompen la unidad del asunto y cansan a los lectores sensatos, que no quieren se les desvíe del objeto principal, y que, además, no pueden seguir sin mucho trabajo, una serie demasiado larga de hechos o pruebas. No se sabría conciliar demasiado las cosas ni concluir demasiado pronto. Es necesario escoger en un solo golpe de vista la verdadera prueba de su discurso y avanzar a la conclusión. Un espíritu huye de los episodios y deja a los escritores mediocres el cuidado de detenerse a recoger las flores que se encuentran en su camino. A ellos pertenece divertir al pueblo, que les lee sin objeto, sin penetración y sin gusto.

CCXIV

El tonto que tiene mucha memoria, está lleno de hechos y de ideas, pero no sabe sacar conclusión de ellas.





CCXV

Saber relacionar bien las cosas, constituye el espíritu justo. El don de relacionar muchas grandes cosas forma los espíritus vastos. Así, la precisión es, quizás, el primer grado y una condición muy necesaria de la verdadera extensión de espíritu.

CCXVI

Un hombre que digiere mal y que es voraz, es, quizás, una imagen bastante fiel del carácter de espíritu de la mayor parte de los sabios.

CCXVII

No acepto en modo alguno, la máxima que establece que un hombre bien educado sepa un poco de todo. Saber superficialmente es, y sin principios, un saber casi siempre inútil, y muchas veces perjudicial. Verdad es que la mayor parte de los hombres no son capaces de conocer profundamente; pero también es verdad que esta ciencia que ellos buscan es superficial, no sirve más que para satisfacer su vanidad. Perjudica a los que poseen un verdadero genio, porque





los desvía de su objeto principal, consume su atención en los detalles y respecto a los objetos extraños a sus necesidades y a sus naturales talentos y no sirve, como ellos creen, para probar la extensión de su espíritu. En todos los tiempos se han visto hombres que sabían mucho, con una inteligencia muy mediana, y por el contrario, inteligencias muy vastas que sabían bastante poco. Ni la ignorancia es un defecto del espíritu, ni el saber es una prueba de genio.

CCXVIII

La verdad escapa al juicio, como los hechos a la memoria. Las diversas fases de las cosas se apoderan alternativamente de un espíritu vivo y le hacen tomar y dejar, sucesivamente, las mismas opiniones. El gusto no es menos inconstante; se cansa aún de las cosas más agradables, y varía como nuestro humor.

CCXIX

Existen, tal vez, entre los hombres, tantas verdades como errores, tantas buenas como malas cuali-





dades, tantos placeres como penas; pero nos gusta comprobar la naturaleza humana para ensayar de elevarnos por encima de nuestra especie y para enriquecernos con la consideración que creemos poder separar nuestro interés personal del de la humanidad, y murmurar del género humano sin comprometernos. Esta vanidad ridícula ha llenado los libros de los filósofos de invectivas contra la naturaleza. El hombre está al presente en desgracia para todos los que piensan, y esto aumentará los vicios que le atribuyen; pero es posible esté a punto de realzarse y de verse restituido todas sus virtudes, porque la filosofía tiene sus modas como los trajes, la música, la arquitectura, etc.

CCXX

Tan pronto como una opinión se hace vulgar, no es necesaria ya más razón para obligar a los hombres a abandonarla y abrazar la contraria, hasta que ésta a su vez, se hace común, poniéndoles en la necesidad de distinguirse por otras. Así, cuando alcanzan la



cúspide en cualquier arte o ciencia, debe esperarse la sobrepujen para adquirir una nueva gloria; y a esto obedece, en parte, que los más hermosos siglos degeneren tan pronto, y que apenas salidos de la barbarie, vuelvan a caer en ella.

CCXXI

Los grandes hombres enseñando a los débiles a reflexionar, les han colocado en el camino del error.

CCXXII

Donde existe grandeza la comprendemos a pesar nuestro. La gloria de los conquistadores ha sido combatida siempre; los pueblos han sufrido por ella, y siempre también la han respetado.

CCXXIII

El observador, muellemente recostado en su cómodo gabinete, lanza censuras contra el soldado que pasa las noches de invierno a orillas de un río y vela en silencio, sobre las armas, por la seguridad de su patria.





CCXXIV

No es llevando el hombre y la miseria a los extremos, como un héroe alcanza la gloria, sino sufriéndoles por la patria: no es dando la muerte, sino desafiándola.

CCXXV

El vicio fomenta la guerra; la virtud combate. Si no hubiera ninguna virtud tendríamos siempre paz.

CCXXVI

El vigor del espíritu o la destreza han hecho las primeras fortunas. La desigualdad de las condiciones ha nacido de la de los caracteres, y de los diversos grados de su valor.

CCXXVII

Es falso que la igualdad sea una ley de la naturaleza. Ésta, nada ha creado igual. Su ley suprema es la subordinación y la dependencia.





CCXXVIII

Modérese como se quiera la soberanía en un estado, ninguna ley es capaz de impedir a un tirano el abuso de su autoridad.

CCXXIX

Es forzoso respetar los dones de la naturaleza que no pueden dar el estudio ni la fortuna.

CCXXX

La mayor parte de los hombres están tan reducidos a la esfera de su condición, que no tienen ni aun el valor de salir de ella por sus ideas, y si vemos algunos a quienes la especulación de las cosas grandes hace, en un cierto modo incapaces de las pequeñas, encontramos muchos más a quienes la práctica de las pequeñas ha privado hasta del sentimiento de las grandes.

CCXXXI

Las esperanzas más ridículas y las más atrevidas, han sido algunas veces causas de grandes sucesos.





CCXXXII

Los súbditos hacen la corte con mucho más gusto que los príncipes la reciben. Es siempre más sensible adquirir que gozar.

CCXXXIII

Descuidamos la gloria por pereza, mientras que nos tomamos molestias infinitas por el más pequeño interés.

CCXXXIV

Deseamos a veces las alabanzas que no creemos sinceras.

CCXXXV

Es necesario tener grandes recursos en el espíritu y en el corazón para sufrir gustosos la sinceridad cuando hiere, o para practicarla sin que ofenda; pocos tienen bastante base para sufrir la verdad y para decirla.



CCXXXVI

Hay hombres que, sin pensar en ello, se forman de su figura una idea que toman del sentimiento que les domina; por esta razón, tal vez, es por lo que un fatuo se cree siempre bello.

CCXXXVII

Los que no tienen más que entendimiento, sienten gustos por las cosas grandes y pasión por las pequeñas.

CCXXXVIII

La mayor parte de los hombres envejecen en un pequeño círculo de ideas que no han sacado de sí propios. Existen, tal vez, menos espíritus falsos que estériles.

CCXXXIX

Todo lo que diferencia a los hombres, parece bien poca cosa. ¿Qué es lo que constituye la belleza o la fealdad, la enfermedad o la salud, la inteligencia o la estupidez? Una pequeña diferencia de organización,





un poco más o un poco menos de bilis, etc. Sin embargo, este más o este menos, es de una importancia grandísima para los hombres, y cuando ellos juzgan lo contrario, están en el error.

CCXL

Dos cosas pueden, apenas, emplazar en la vejez el talento y los placeres: la reputación o las riquezas.

CCXLI

Nos desagradan los envidiosos que hacen profesión de despreciar todo aquello de que nosotros nos preciamos, mientras se precian ellos de cosas todavía más despreciables.

CCXLII

A riesgo de que se nos reproche alguna vanidad, necesitamos a menudo se nos asegure nuestro mérito.

CCXLIII

Nos consolamos raramente de las grandes humillaciones: lo que hacemos es olvidarlas.





CCXLIV

Cuanto menos poderoso se es en el mundo, más impunemente pueden cometerse faltas, o más inútil es tener un verdadero mérito.

CCXLV

Cuando la suerte quiere humillar a los sabios, les sorprende en esas pequeñas ocasiones en que ordinariamente estamos desprevenidos y sin defensa. El hombre más hábil del mundo no puede impedir que ligeras faltas no lleven consigo, a veces, horribles consecuencias; y pierde su reputación o su fortuna por una pequeña imprudencia, como cualquiera se rompe una pierna, paseándose por su habitación.

CCXLVI

Sea vivacidad, sea orgullo, sea avaricia, no existe hombre que no lleve en su carácter una ocasión continua de cometer faltas; y si éstas no tienen consecuencias, será debido sólo a su fortuna.





CCXLVII

Nos consternamos de nuestras reincidencias y de ver que nuestras desgracias mismas, no nos pueden corregir nuestros defectos.

CCXLVIII

La necesidad mitiga más penas que la razón.

CCXLIX

La necesidad envenena los males que no puede curar.

CCL

Los favoritos de la fortuna o de la gloria, aunque aparezcan desgraciados ante nuestros ojos, no nos apartan de la ambición.

CCLI

La paciencia es el arte de esperar.

CCLII

La desesperación colma no sólo nuestra miseria sino también nuestra debilidad.





CCLIII

Ni los dones ni los golpes de la fortuna igualan a los de la naturaleza, que la excede tanto en rigor como en bondad.

CCLIV

Los bienes y los malos extremados, no son sensibles a las almas mediocres.

CCLV

Hay, puede ser, más espíritus ligeros en lo que se llama el gran mundo, que en los hombres de condición menos afortunada.

CCLVI

Las gentes del gran mundo no se entretienen con cosas tan pequeñas como el pueblo; pero el pueblo no se entretiene con cosas tan frívolas como las gentes del gran mundo.

CCLVII

Se encuentran en la historia personajes a quienes han gobernado la voluptuosidad o el amor; pero no se re-





cuerda que hayan sido galantes. Lo que constituye el mérito esencial de algunos hombres, no puede igualmente, subsistir en otros.

CCLVIII

Honramos muchas veces a los hombres que se nos han impuesto por su exterioridad, como los jóvenes siguen amorosamente a una máscara, creyéndola la mujer más bella del mundo, y la hostigan obligándola a descubrirse, haciéndoles ver entonces que es un desagradable ejemplar del sexo feo.

CCLIX

El tonto se aburre en buena compañía, como un hombre a quien ha sacado de su elemento la curiosidad y que no puede respirar ni vivir en un aire sutil.

CCLX

El tonto es como el pueblo, que con poco se cree rico.

CCLXI

Cuando no se quiere perder ni ocultar nada del talento, disminuye generalmente la reputación del mismo.




CCLXII

Autores sublimes no han descuidado sobresalir en lo agradable, envanecidos de llenar el intervalo entre estos dos extremos, y de abarcar toda la esfera del humano espíritu. El público en lugar de aplaudir a la universidad del talento, ha creído que eran incapaces de sostenerse en lo heroico, y no se atreve a igualarles a los grandes hombres que, habiéndose encerrado en un solo carácter y bello, parecen haber desdeñado todo lo que sacrificaron, y han abandonado a los genios subalternos los talentos mediocres.

CCLXIII

Lo que a unos parece extensión de espíritu a otros no les parece más que memoria y ligereza.

CCLXIV

Es fácil criticar a un autor; pero es difícil apreciarlo bien.

CCLXV

No rebajo en nada al ilustre Racine, el más inteligente y elegante de los poetas, por no haber tratado





de muchas cosas que hubiese embellecido; contentándose con mostrar en un solo género la riqueza y sublimidad de su espíritu. Pero me veo obligado a respetar un genio atrevido y fecundo, elevado, penetrante, fácil, infatigable, tan ingenioso y agradable en las obras amenas, como verdadero y patético en las otras, de una rica imaginación, que abarca y penetra rápidamente toda la economía de las cosas humanas, a quien ni las ciencias abstractas, ni las artes, ni la política, ni las costumbres de los pueblos, ni sus opiniones, ni su historia, ni aun su mismo lenguaje, han podido ser extraños; ilustre al salir de la infancia por la grandeza y por la fuerza de su poesía, fecunda en pensamientos, y bien poco después por el encanto y el carácter original y lleno de razón de su prosa; filósofo, y pintor sublime, que ha sembrado brillantemente en sus escritos cuanto hay de grande en el espíritu de los hombres; que ha retratado las pasiones con líneas de fuego y de luz, y enriquecido el teatro con nuevas gracias; sabiendo imitar el carácter y apropiarse el espíritu de las mejores obras de cada país, por la extrema extensión de su genio; pero no imitando





nada, generalmente, que no embelleciera; maravilloso hasta en las faltas que se le ha creído notar en sus escritos, y de tal manera que a pesar de sus defectos y a pesar de los esfuerzos de la crítica ha ocupado, sin descansar en sus vigilias a amigos y enemigos, y llevado a los extraños desde su juventud la fama de nuestra literatura, cuyos límites ha agrandado.

CCLXVI

Si no se considerasen más que ciertas obras de los mejores autores, estaríamos tentados de menospreciarles. Para estimarles con justicia es necesario leer todos sus trabajos.

CCLXVII

Es necesario juzgar a los hombres no por lo que ignoran, sino por lo que saben, y por el modo con que lo saben.

CCLXVIII

No se debe pedir a los autores una perfección que no pueden alcanzar. Es hacer demasiado honor al espíri-





tu humano creer que las obras irregulares no tengan el derecho de agradarle, sobre todo si estas obras pintan las pasiones. No es necesario un gran arte para soliviantar los mejores espíritus, y para ocultarles los defectos de un cuadro atrevido y emocionante. Esta perfecta regularidad que falta a los autores no se encuentra ni aun en nuestras propias concepciones. —El carácter natural del hombre no soporta tanta regla. No debemos suponer en el sentimiento una delicadeza que no tenemos más que por reflexión. Es muy necesario que nuestro gusto sea siempre tan difícil de contentar como nuestro espíritu.

CCLXIX

No es más fácil adquirir el tinte de una infinidad de conocimientos, que poseer bien un pequeño número de ellos.

CCLXX

Hasta que se encuentre el secreto de hacer los espíritus más justos, todos los pasos que se den en la





verdad no impedirán a los hombres razonar en falso; y cuanto más se quiera hacerles avanzar más allá de las nociones comunes, más en peligro se les pondrá de engañarse.

CCLXXI

No ocurre nunca que la literatura y el razonamiento lleguen a ser patrimonio de toda una nación, puesto que en la filosofía y las bellas artes no se ven tan comúnmente, como en los Gobiernos populares, las puerilidades y las fantasías que hallan y tantos partidarios tienen.

CCLXXII

El error sumado a la verdad, no la aumenta. Admitir los géneros malos, no extender el campo de las artes, es estropear el gusto, es corromper el juicio de los hombres, que se dejan fácilmente seducir por las novedades, y que mezclando en seguida lo verdadero y lo falso se apartan bien pronto en sus producciones de la imitación de la naturaleza, empobreciéndose así





en poco tiempo por la vana ambición de inventar, apartándose de los antiguos modelos.

CCLXXIII

Lo que llamamos un pensamiento brillante no es, de ordinario, más que una expresión caprichosa, que con la ayuda de un poco de verdad nos impone un error que nos sorprende.

CCLXXIV

Quien tiene lo más, se dice, tiene lo menos. Esto es falso. El rey de España, con ser tan poderoso, no puede nada en Lucques. Los límites de nuestro talento son más inmóviles aún que los imperios, y antes se usurparía toda la tierra que la menor virtud.

CCLXXV

La mayor parte de los grandes personajes han sido los hombres más elocuentes de su siglo. Los autores de los más hermosos sistemas, los jefes de sectas y de partidos, los que siempre han tenido mayor influencia en el espíritu de los pueblos, no han debido la



mayor parte de su éxito más que a la elocuencia natural y viva de su alma. No parece, sin embargo, que hayan cultivado la poesía con igual fortuna. Es que la poesía no permite se la comparta con nada, y un arte tan sublime y penoso puede raramente hacerse compatible con los obstáculos de los negocios, y las tumultuosas ocupaciones de la vida. Por el contrario, la elocuencia se mezcla en todo, y debe la mayor parte de su seducción al espíritu de intervención y de gobierno, que forma los hombres de Estado y los políticos, etc.

CCLXXVI

Es un error en los grandes creer que pueden prodigar, sin consecuencia, sus promesas y sus palabras. Los hombres sufren con pena se les prive de lo que en algún modo se han apropiado por la esperanza. No se les engaña largo tiempo acerca de sus intereses, y nada odian tanto como ser engañados. Por esta razón es tan raro que las artimañas triunfen. Hasta para seducir son precisas la sinceridad y rectitud. Los





que han abusado de los pueblos sobre cualquier general, han sido fieles a los particulares. Su habilidad consistía en cautivar los espíritus por medio de reales ventajas. Cuando se conocen bien los hombres, y se quiere sirvan a los propios designios, no debe contarse con un celo tan frívolo como el de los discursos y promesas. Así, los grandes oradores, si se me permite unir estas dos cosas, no se esfuerzan en imponerse con un tejido de adulaciones e imposturas, por un continuo disimulo, y por un lenguaje puramente ingenioso; si quieren impresionar sobre cualquier asunto de importancia, sólo lo intentan a fuerza de sinceridad y de detalles verdaderos, porque la mentira es débil por sí misma; es preciso que se oculte con cuidado; y si ocurre que llega a persuadirse de alguna cosa por medio de discursos caprichosos, no es sin gran trabajo. Sería una torpeza deducir que en esto consiste la elocuencia. Juzguemos, al contrario, por el poder de la simple apariencia de la verdad, hasta qué punto la verdad misma es elocuente y superior a nuestro arte.





CCLXXVII

Un mentor es un hombre que no sabe engañar; un adulador el que no engaña de ordinario más que a los tontos. El que sabe servirse con destreza de la verdad, y conoce la elocuencia de ella, es el que sólo puede preciarse de ser hábil.

CCLXXVIII

¿Es verdad que las cualidades dominantes excluyen las demás? ¿Quién tiene más imaginación que Bossuet, Montaigne, Descartes, Pascal, grandes filósofos todos? ¿Quién más juicio y sabiduría que Racine, Boileau, La Fontaine, Molière, poetas llenos de genio?

CCLXXIX

Descartes ha podido engañarse en alguno de sus principios, y no engañarse de ningún modo, sino raramente, en sus consecuencias. Sería injusto, se me figura, deducir de sus errores que la imaginación y la invención no se ponen nunca de acuerdo con la





precisión. La gran vanidad de los que no imaginan es en creerse los únicos capaces de juicio. No observan que los errores de Descartes, genio creador, han sido los de tres o cuatro mil filósofos que no tenían imaginación. Los espíritus subalternos carecen de error propiamente dicho, porque son incapaces de inventar, hasta equivocándose; pero se dejan siempre arrastrar sin saberlo por los errores de los demás, y cuando se engañan por sí mismos, lo que puede suceder a menudo, es en los detalles y en las consecuencias. Pero sus errores no son ni tan verosímiles para ser contagiosos, ni bastantes importantes para hacer ruido.

CCLXXX

Los que han nacido elocuentes hablan con tanta claridad y concisión de las cosas grandes, que casi todos los hombres se imaginan no tratan de ellas con profundidad. Los espíritus pesados, los sofistas, no reconocían la filosofía cuando la elocuencia la hizo popular, y osaban pintar la verdad con rasgos valientes y atrevidos. Trata-





ban de frívolo y superficial este esplendor de expresión que lleva consigo la prueba de las grandes ideas. Querían definiciones, discursos, detalles y argumentos. Si Locke hubiera encerrado vivamente en pocas páginas las sabias verdades de sus obras, no se hubieran atrevido a contarle entre los filósofos de su siglo.

CCLXXXI

Es una desgracia que los hombres no puedan, de ordinario, poseer algún talento sin sentir cierto impulso de abatir a los demás. Si tienen astucia, desacreditan la fuerza; si son geómetras o físicos, escriben contra la elocuencia o la poesía, y las gentes del mundo que no piensan en los que han sobresalido en cualquier género, juzgan mal de un talento de otra clase, se dejan influir por sus decisiones; así, cuando la Metafísica o el Álgebra están de moda, son los metafísicos o los algebristas los que hacen la reputación de los músicos y de los poetas, o al contrario, el talento dominante sujeta a los otros a un tribunal, y la mayor parte del tiempo a sus errores.





CCLXXXII

¿Quién puede envanecerse de juzgar o inventar o entender a todas las horas del día? Los hombres no tienen más que una pequeña porción de espíritu, de gusto, de talento, de virtud, de alegría, de salud, de fuerza, etc; y este poco que les ha cabido en suerte no lo poseen nunca a su voluntad, ni en las necesidades, ni en todas las épocas de su vida.

CCLXXXIII

Es una máxima inventada por la envidia y adoptada ligeramente por los filósofos, que no es preciso alabar a los hombres antes de su muerte. Digo, al contrario, que es justamente durante su vida cuando es preciso elogiarles, siempre que lo hayan merecido. Cuando la envidia y la calumnia, animadas contra su virtud o su talento, se esfuerzan en desagradarles, es necesario atrevemos a atestiguarles nuestra admiración. Lo que debe temerse aventurar son las críticas injustas, y no las alabanzas sinceras.





CCLXXXIV

La envidia no sabría ocultarse. Acusa y juzga sin pruebas, agranda los defectos, tiene calificaciones enormes para las faltas; su lenguaje está lleno de hiel y de exageración, y de injurias. Se ceba con terquedad y furor en el mérito brillante. Es ciega, arrebatada, insensata, brutal.

CCLXXXV

Es preciso excitar en los hombres el sentimiento de su prudencia y de su fuerza, si se quiere elevar su genio. Los que por sus discursos o escritos no se ocupan más que en realzar las ridiculeces y las debilidades humanas, sin distinción ni consideraciones, no esclarecen tanto la razón y los juicios del público, como depravan sus inclinaciones.

CCLXXXVI

No admiro nunca a un sofista que protesta contra la gloria y contra el talento de los grandes hombres. Abriéndome los ojos sobre lo defectuoso de los genios





más sublimes, me enseña a conocer lo que puede valer él mismo. Es el primero que borro del cuadro de los hombres ilustres.

CCLXXXVII

Hacemos mal en creer que un defecto cualquiera puede excluir toda virtud, o en mirar la alianza del bien y del mal como un monstruo o como un enigma. Conciliamos tan pocas cosas por falta de penetración.

CCLXXXVIII

Los falsos filósofos se esfuerzan en atraer la atención de los hombres señalando en nuestro espíritu contrariedades que ellos mismos forman; de igual modo que se divierte a los niños con juegos de cartas que confunden su juicio, aunque sean perfectamente naturales y sin magia alguna. Los que enredan así las cosas por tener el mérito de desenredarlas son charlatanes de moral.

CCLXXXIX

No hay contradicción alguna en la naturaleza.





CCXC

¿Es contra razón o justicia amarse a sí mismo? ¿Y por qué queremos que el amor propio sea un vicio siempre?

CCXCI

Si hay un amor a nosotros mismos naturalmente compasivo y servicial, y otro amor propio sin humanidad, sin justicia, sin límites, sin razón, ¿puede confundírseles?

CCXCII

¿Cuándo será cierto que los hombres no sean virtuosos más que por la razón, que es su consecuencia? ¿Por qué si se nos alaba con justicia por nuestros sentimientos no se nos alabará también por nuestra razón? ¿Es menos nuestra que la voluntad?

CCXCIII

Se supone que los que sirven la virtud por reflexión, la traicionarían por el vicio útil. Seguramente, si el vicio pudiera ser tal a los ojos de un espíritu razonable.



CCXCIV

Hay sentimientos de justicia y de bondad en el corazón del hombre, si el interés propio domina en él. Me atrevería a decir que esto no es solamente según la naturaleza, sino también según la justicia, supuesto que nadie sufra por este amor propio, o que la sociedad gane en él más que pierda.

CCXCV

El que busca la gloria por la virtud sólo pide lo que merece.

CCXCVI

He encontrado siempre ridículo que los filósofos hayan hecho una virtud incompatible con la naturaleza del hombre, y después de hacerla así hayan sentenciado fríamente que no hay virtud ninguna. Si hablan del fantasma de su imaginación pueden a placer abandonarle o destruirle, puesto que ellos le han creado. Pero la verdadera virtud, la que no quieren llamar de esta manera, porque no está conforme





con sus definiciones, que no es obra suya sino de la naturaleza, y que consiste principalmente en la bondad y en el vigor del alma, no es nunca dependiente de su fantasía, y subsistirá por siempre con caracteres indelebles.

CCXCVII

El cuerpo tiene sus gracias, el espíritu sus talentos. ¿No tendrá el corazón sus vicios, y el hombre capaz de razón, será incapaz de virtud?

CCXCVIII

Somos susceptibles de amistad, de justicia, de humanidad, de compasión y de razón, ¡Oh amigos míos! ¿qué es esto más que la virtud?

CCXCIX

Si el ilustre autor de las Máximas hubiera sido tal como ha tratado de pintarnos a todos los hombres ¿merecería nuestros homenajes y el culto idólatra de sus prosélitos?





CCC

Por lo que la mayor parte de los libros de moral son tan insípidos, y sus autores tan poco sinceros, es porque, débiles ecos los unos de los otros, no se atreverían a reproducir sus propias máximas y sus secretos sentimientos. Así, no sólo en moral, sino en cualquier otra materia, casi todos los hombres pasan su vida en decir y escribir lo que no piensan de ningún modo, y los que conservan todavía algún amor a la virtud, excitan ellos la cólera y las prevenciones del público.

CCCI

No hay espíritus que sean capaces de abarcar todas las fases de cada objeto; esta es, me parece, la fuente más común de los errores del hombre. Mientras que la mayor parte de una nación languidece en la pobreza, el oprobio y el trabajo, la otra, que abunda en honores, en comodidades, en placeres, no deja de admirar el poder de la política, que hace florecer las artes y el comercio, y convierte en formidables los Estados.





CCCII

Las más grandes obras del espíritu humano son, seguramente, las menos perfectas. Las leyes, que son la invención más bella de la razón, no han podido asegurar el reposo de los pueblos sin disminuir su libertad.

CCCIII

¡Cuánta es a veces la debilidad y la inconsecuencia de los hombres! Nos asombramos de la tosquedad de nuestros antepasados que reina aún en el pueblo, parte más numerosa de la nación, y despreciamos a la vez las bellas letras y la cultura del espíritu, única ventaja que nos distingue del pueblo, y de los que nos han precedido.

CCCIV

El placer y la ostentación llevan el corazón de los grandes hacia el interés. Nuestras pasiones se rigen, de ordinario, por nuestras necesidades.

CCCV

El pueblo y los grandes no tienen las mismas virtudes ni los mismos vicios.





CCCVI

Pertenece a nuestro corazón regimentar el orden de nuestros intereses, y a nuestra razón conducirles.

CCCVII

La mediocridad de espíritu y la pereza hacen más filósofos que la reflexión.

CCCVIII

Nadie es ambicioso por razón, ni vicioso por defecto de espíritu.

CCCIX

Todos los hombres son clarividentes respecto de sus intereses; y no ocurre jamás se les desvíe de ellos por la astucia. Se ha admirado en las negociaciones la superioridad de la casa de Austria, pero sólo durante el poderío inmenso de esta rama, no después. Los tratados mejor convenidos no son más que la ley del más fuerte.

CCCX

El comercio es la escuela del engaño.





CCCXI

Viendo cómo los hombres se conducen, podríamos pensar que la vida humana y los negocios del mundo son un juego formal, en que todas las astucias son permitidas para usurpar el bien de los demás, a riesgo y ventura, y en que el fin feliz despoja al más desgraciado o al menos hábil.

CCCXII

Es un espectáculo curioso considerar a los hombres meditando en secreto, perjudicándose entre sí, y obligados, no obstante, contra su inclinación o sus designios, a ayudarse mutuamente.

CCCXIII

No tenemos ni la fuerza ni las ocasiones necesarias para ejecutar todo el bien y todo el mal que proyectamos.

CCCXIV

Nuestras acciones no son ni tan buenas ni tan malas como nuestras voluntades.







CCCXV

Desde que se puede hacer el bien nace la posibilidad de hacer víctimas. Un solo hombre divierte entonces a una infinidad de ellos, ocupados únicamente en engañarle. Así cuesta poco a los que ocupan altos puestos sorprender a los inferiores; pero es difícil a los desdichados imponerse a nadie. El que tiene necesidad de otros les previene sólo con esto desconfíen de él; a un hombre inútil le cuesta trabajo embaucar a alguien.

CCCXVI

La indiferencia que sentimos por la verdad en la moral, procede de que estamos decididos a seguir nuestras pasiones suceda lo que quiera, y esto hace que no vacilemos cuando se trata de obrar a pesar de la incertidumbre de nuestras opiniones. Poco me importa, dicen los hombres, saber dónde está la verdad, sabiendo dónde está el placer.

CCCXVII

Los hombres desconfían menos de la costumbre y de la tradición de sus antepasados que de su razón.





CCCXVIII

La fuerza o la debilidad de nuestras creencias depende más de nuestro valor que de nuestras luces. Todos los que se burlan de los augurios no tienen siempre más espíritu que los que creen en ellos.

CCCXIX

Es fácil engañar a los más hábiles proponiéndoles cosas que impresionen su espíritu, e interesen su corazón.

CCCXX

No hay cosa alguna que el temor y la esperanza no persuadan a los hombres.

CCCXXI

¿Quién puede asombrarse de los errores de la antigüedad considerando que todavía hoy, en el más filósofo de los siglos, hay muchos espíritus fuertes que no se atreverían a sentarse a una mesa de trece cubiertos?





CCCXXII

El valor de un hombre incrédulo, que se halla moribundo, no puede preservarlo de alguna turbación, si discurre así: Me engaño mil veces respecto de mis intereses más palpables, puedo engañarme también sobre la religión. No tengo ya fuerzas ni tiempo para profundizarla y muero.

CCCXXIII

La fe es el consuelo de los desgraciados, y terror de los felices.

CCCXXIV

La corta duración de la vida no puede apartamos de sus placeres ni consolarnos de sus penas.

CCCXXV

Los que combaten los prejuicios del pueblo creen no formar ya parte de él. Un hombre que había hecho en Roma un argumento contra los pollos consagrados, se miraría quizás como un filósofo.





CCCXXVI

Cuando se relacionan sin particularidad las razones de las diversas sectas, no agregándose ninguna, parece que en cierto modo nos elevamos por encima de todos los partidos. Pedid, sin embargo, a nuestros filósofos, que escojan una opinión, o que establezcan ellos mismos algo nuevo, veréis cómo no encuentran en la empresa menos obstáculos que todos los demás hombres. El mundo está poblado de espíritus fríos, que no siendo capaces de inventar por sí solos, se consuelan de esto rechazando todas las invenciones ajenas, y creen hacerse estimar por el desprecio que exteriormente manifiestan hacia las cosas.

CCCXXVII

Creo sin trabajo a los que pretenden que el mundo empeora cada vez más. La ambición, la gloria, el amor, en una palabra, todas las pasiones de las primeras edades no tienen ya el mismo desorden y brillantez. Esto es, quizás, porque las pasiones sean hoy menos vivas que en otros tiempos sino porque se las desaprueba y se las combate. Digo, pues, que el mundo es como





un viejo que conserva todos los deseos de la juventud, pero que se avergüenza y se oculta de ellos mismos, sea porque se halle desengañado del mérito de las cosas, sea porque trate de aparentarlo así.

CCCXXVIII

Los hombres disimulan por debilidad y por temor de ser despreciados sus más caras, constantes y a veces hasta sus más virtuosas inclinaciones.

CCCXXIX

El arte de hacerse agradable es el arte de engañar.

CCCXXX

Estamos demasiado distraídos o excesivamente ocupados en nosotros mismos para profundizarnos los unos a los otros. El que haya visto en un baile de máscaras danzar las parejas amigablemente unidas, y cogerse la mano sin conocerse, para abandonarse a los primeros instantes, y no volverse a ver ni a recordar, puede formarse una idea del mundo.





Del arte y del gusto de escribir

CCCXXXI

Los primeros escritores trabajaban sin modelo, y no tomaban más que de sí propios, y esto hace que sean desiguales y que su genio divino ofrezca mil aspectos débiles. Los que han triunfado después aprovecharon sus invenciones, buscaron en ellas sostén; nadie lo encuentra todo en sí mismo.

CCCXXXII

Quien sepa pensar por sí solo y formar ideas nobles, tome, si puede, la manera y el giro. elevado de los maestros.

Todas las riquezas de expresión pertenecen de derecho a los que saben colocarlas en su lugar.

CCCXXXIII

No debe temerse repetir una verdad antigua cuando se la puede hacer más sensible por medio de una expresión mejor, o unirla a otra verdad que la escla-





rezca, y formar un cuerpo de razón. Es propio de inventores aprender las relaciones de las cosas, y saber reunirlas; y los descubrimientos antiguos pertenecen menos a sus primeros autores que a los que les convierten en útiles.

CCCXXXIV

Se encuentra ridículo que un hombre de mundo tenga talento y gusto para escribir. Pregunto a las gentes razonables ¿qué hacen los que no escriben?

CCCXXXV

No se puede tener el alma grande o un poco penetrante el espíritu sin sentir alguna pasión por las letras. Las artes están consagradas a pintar los rasgos de la naturaleza, las ciencias la verdad. Las artes y las ciencias abrazan todo lo que hay de noble o de útil en los objetos del pensamiento; de suerte que no queda a los que las rechazan más que lo que es indigno de ser pintado o enseñado.





CCCXXXVI

¿Queréis desenredar, reunir nuestras ideas, colocarlas sobre un mismo punto de vista, y reducirlas a principios? Apuntadlas primeramente sobre el papel. Aunque no ganéis nada con esta costumbre por parte de la reflexión, lo que es falso manifiestamente, ¿cuánto no adquirís por parte de la expresión? Dejad decir a los que miran este estudio como inferior a ellos. ¿Quién puede creerse con mayor talento, como con un genio más grande y más noble que el Cardenal de Richelieu? ¿Quién ha tenido a su cargo tantos y tan importantes negocios? Sin embargo, tenemos las *Controversias* de este gran ministro, y su *Testamento político*, y se sabe también que no desdeñaba la poesía. Un espíritu tan ambicioso no podía despreciar la gloria más falsa y más personal que se conoce. No es necesario citar después de tan gran nombre otros ejemplos: el duque de la Rochefoucauld, que fue el hombre más galante de su siglo, y el que tuvo más numerosas intrigas, es autor del libro de las Máximas: el famoso Cardenal de Retz, el Cardenal de Ossat, el



caballero Guillermo Temple, y otros muchos que son conocidos más por sus escritos que por sus acciones inmortales. Si no podemos ejecutar cosas tan grandes como aquellos hombres ilustres, que parezca a lo menos por la expresión de nuestros pensamientos y por lo que de nosotros dependa, que no somos incapaces de concebirlas.

Sobre la verdad y la elocuencia

CCCXXXVII

Dos estudios son importantes: el de la elocuencia, y el de la verdad; el de la verdad, para dar un fundamento sólido a la elocuencia y disponer convenientemente nuestra vida; el de la elocuencia, para dirigir la conducta de los demás hombres y defender la verdad.

CCCXXXVIII

La mayor parte de los grandes negocios se tratan por escrito; no basta, pues, saber hablar: todos los inte-





reses subalternos, los compromisos, los placeres, los deberes de la vida civil, exigen que se sepa hablar; es poco, pues, saber escribir. Necesitaríamos todos los días unir una y otra elocuencia; pero no puede adquirirse ninguna si no se sabe primeramente pensar de ningún modo, si no se tiene principios fijos y basados en la verdad. Todo confirma nuestra máxima: primero el estudio de lo verdadero, el de la elocuencia, después.

Pensamientos diversos

CCCXXXIX

Es un mal partido para una mujer ser coqueta. Raramente las de este carácter inspiran grandes pasiones, y no porque sean ellas ligeras, como se cree de ordinario, sino porque a nadie le gusta que le engañen fácilmente. La virtud nos hace despreciar la falsedad, y el amor propio la hace odiar.



CCCXL

¿Que los hombres tengan pasiones significa fuerza o insuficiencia o debilidad? ¿Es grandeza de ánimo estar exento de las mismas, o esto es solo propio de la mediocridad de genio? ¿O más bien todo se halla en él mezclado de debilidad y de fuerza, de grandeza y de pequeñez?

CCCXLI

¿Qué es más necesario para la conservación de una sociedad de hombres débiles, a quienes su misma debilidad mantiene unidos, la austeridad o la dulzura? Es preciso emplear la una y la otra. Que la ley sea severa, y los hombres indulgentes.

CCCXLII

La severidad en las leyes es humanidad para los pueblos; en los hombres es la demostración de un genio duro y cruel. Sólo la necesidad puede volverla inocente.





CCCXLIII

El proyecto de aproximar las distintas clases ha sido siempre un sueño: la ley no sabría igualar los hombres a pesar de la naturaleza.

CCCXLIV

Si no hubiese más dominación legítima que la que se ejerce con justicia nada deberíamos a los malos reyes.

CCCXLV

Contad raramente con la estimación y la confianza de un hombre que tenga parte en todos vuestros intereses, si no os habla también de los suyos.

CCCXLVI

Odiamos a los hipócritas que hacen profesión de despreciar todo aquello de que nosotros nos preciamos, y se precian a menudo, ellos mismos, de cosas todavía más despreciables.

CCCXLVII

Por la conviccción manifiesta de nuestra incapacidad, es por lo que el azar dispone tan universal y





tan absolutamente de todo. Nada hay tan raro en el mundo como los grandes talentos, y el merecimiento de altos destinos; la fortuna es más parcial que injusta.

CCCXLVIII

El misterio con que algunos ocultan sus planes indica a veces más debilidad que indiscreción y nos hace a menudo mayor injusticia.

CCCXLIX

Los que tienen oficios infames como los ladrones, las mujeres perdidas, se honran con sus crímenes, y miran como víctimas suyas a los gentes honradas. La mayor parte de los hombres desprecian en el fondo de su corazón la virtud; pocos la gloria.

CCCL

La Fontaine estaba persuadido, como él mismo declara, de que el apólogo es un divino arte. Nunca pueden ser verdaderos grandes hombres los que se entretienen en interpretar fábulas.





CCCLI

Un mal prefacio alarga considerablemente un mal libro; pero el que está bien pensado y el que está bien escrito es bien escrito.

CCCLII

Las obras medianas son las que es preciso abreviar. No he visto jamás prólogo enojoso a la cabeza de un buen libro.

CCCLIII

Toda altivez afectada es pueril; si se funda en títulos supuestos es ridícula: y si estos títulos son frívolos, entonces es baja; el carácter de la verdadera altivez es estar siempre en su sitio.

CCCLIV

No esperamos de un enfermo que tenga la jovialidad de la salud y toda la fuerza de su cuerpo; si se conserva entera su razón hasta el fin nos asombramos, y si aparenta alguna firmeza, decimos que hay afectación en esta muerte, tan rara es y tan difícil.





Sin embargo, si ocurre que otro hombre contradiga al morir o la firmeza o los principios que profesó durante su vida, si el estado más débil del mundo da alguna muestra de debilidad. ¡Oh, ciega malicia del espíritu humano! No hay contradicciones tan manifiestas como las que la envidia reúne para hacer daño.

CCCLV

No somos llamados a conducir grandes negocios, ni a las ciencias, ni a las bellas artes, ni a la virtud, cuando no amamos estas cosas por sí mismas, independientemente de la consideración que ellas proporcionan. Las cultivaríamos, pues, inútilmente, sin estas disposiciones; ni el talento ni la virtud, pueden dar el genio.

CCCLVI

Las mujeres no pueden comprender que haya hombres desinteresados respecto de ellas.





CCCLVII

Un hombre que vive en el mundo no se puede librar de ser galante.

CCCLVIII

Cualesquiera que sean de ordinario las ventajas de la juventud, un joven no es bien recibido por las mujeres hasta que ellas no le convierten en un fatuo.

CCCLIX

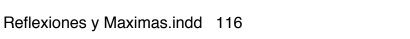
Es chistoso que se haya hecho una ley del pudor a las mujeres, que sólo estiman en los hombres la desvergüenza.

CCCLX

No se alaba nunca a una mujer ni a un autor mediano tanto como ellas mismas se elogian.

CCCLXI

Una mujer que cree ir bien puesta, no supone que los adornos que luce llegarán a ser un día tan ridículos como el peinado de Catalina de Médicis. Todas las





modas que tanto cuidamos envejecerán quizás antes que nosotros, y del buen tono puede decirse lo mismo.

CCCLXII

Hay pocas cosas que conozcamos bien.

CCCLXIII

Si no se escribe porque se piensa, es inútil pensar para escribir

CCCLXIV

Lo que sólo se piensa para los otros es de ordinario poco natural.

CCCLXV

La claridad es la buena fe en los filósofos.

CCCLXVI

La claridad es el barniz de los maestros.

CCCLXVII

La claridad evita la pesadez y sirve de prueba a las ideas.





CCCLXVIII

La señal de una expresión propia es que hasta en los equívocos no se le puede dar más que un sentido.

CCCLXIX

Parece que la razón, que se comunica con facilidad, y que se perfecciona a veces, debería perder por lo tanto más rápidamente su lustre y el mérito de la novedad; no obstante, las obras de los grandes hombres, tan cuidadosamente copiadas por otras manos, conservan, a pesar del tiempo, un carácter siempre original; porque no pertenece a los demás hombres concebir y expresar también perfectamente las cosas que conocen mejor. Esta manera de concebir tan viva y tan perfecta, distingue al genio en todos sus ramos, y por ellas también las ideas más sencillas y conocidas no pueden envejecer.

CCCLXX

Los grandes filósofos son los genios de la razón.





CCCLXXI

Para saber si un pensamiento es nuevo, sólo hay que expresarle sencillamente.

CCCLXXII

Hay pocas ideas sinónimas; pero muchas semejantes.

CCCLXXIII

Cuando un buen espíritu no ve que una idea puede ser útil, hay una gran probabilidad de que sea falsa.

CCCLXXIV

Recibimos grandes alabanzas antes de merecerlas razonables.

CCCLXXV

La luz de la aurora no es tan suave como los primeros vislumbres de la gloria.

CCCLXXVI

Las reputaciones mal adquiridas se cambian en desprecio.





CCCLXXVII

La esperanza es el más útil o el más dañoso de los bienes.

CCCLXXVIII

La adversidad hace muchos culpables y muchos imprudentes.

CCCLXXIX

La razón es casi siempre impotente contra las debilidades.

CCCLXXX

El valor es la luz de la adversidad.

CCCLXXXI

El error es la noche del espíritu y el lazo de la inocencia.

CCCLXXXII

Los filósofos a medias no alaban el error más que para hacer los honores a la verdad.





CCCLXXXIII

Es bien impertinente el que quiere hacer creer que no se tienen bastantes errores para ser dichoso.

CCCLXXXIV

El que desee seriamente las ilusiones alcanzará más allá de sus votos.

CCCLXXXV

Los cuerpos políticos tienen sus defectos inevitables, como las edades diversas de la vida humana. ¿Quién puede garantir a la vejez de las enfermedades fuera de la muerte?

CCCLXXXVI

La prudencia es el tirano de los débiles.

CCCLXXXVII

Las miradas afables ornan el rostro de los reyes.

CCCLXXXVIII

La licencia extiende todas las virtudes y todos los vicios.





CCCLXXXIX

La paz hace los pueblos más felices y más débiles a los hombres.

CCCXC

El primer suspiro de la infancia es por la libertad.

CCCXCI

La libertad es incompatible con la debilidad.

CCCXCII

La indolencia es el sueño del espíritu.

CCCXCIII

Las pasiones más vivas son aquellas cuyo objeto se halla más cercano, como en el juego, en el amor, etc.

CCCXCIV

Cuando la belleza reina sobre los ojos es probable que reine todavía más allá.

CCCXCV

Todos los súbditos de la belleza no conocen su soberano.




CCCXCVI

Si las debilidades del amor son excusables, deben serlo principalmente para las mujeres que reinan por él.

CCCXCVII

Nuestra intemperancia alaba los placeres.

CCCXCVIII

La constancia es la quimera del amor.

CCCXCIX

Los hombres sencillos y virtuosos, mezclan la delicadeza y la probidad hasta en sus placeres.

CD

Los que no se hallan ya en situación de agradar a las mujeres se corrigen de ello.

CDI

Los primeros días de la primavera tienen menos encanto que la virtud naciente de un joven.





CDII

La utilidad de la virtud es tan manifiesta que los malvados la practican por interés.

CDIII

Nada es tan útil como la reputación, y nada concede la reputación con tanta seguridad como el mérito.

CDIV

La gloria es la prueba de la virtud.

CDV

La excesiva economía produce más víctimas que la profusión.

CDVI

La profusión envilece a los que no ilustra.

CDVII

Si un hombre arruinado y sin hijos se asegura una renta vitalicia y goza por este medio de las comodi-





dades de la vida, decimos que es un loco que se ha comido sus bienes.

CDVIII

Los tontos se admiran de que un hombre de talento no se ocupe exclusivamente de sus intereses.

CDIX

La liberalidad y el amor a las letras no arruinan a nadie; pero los esclavos de la fortuna hallan siempre la virtud demasiado cara.

CDX

Se considera una buena compra la de una medalla cualquiera, cuando se es entendido en antigüedades; así los que no comprenden nada el mérito, casi no se dan cuenta de que existen talentos insignes.

CDXI

La gran ventaja del talento consiste en que la fortuna sin mérito es casi inútil.





CDXII

Se tienta de ordinario la fortuna por medio de talentos que no se tienen.

CDXIII

Vale más derogar la calidad que el genio. Seríamos locos en conservar un estado mediocre al precio de una gran fortuna y de la gloria.

CDXIV

No hay vicio que no sea dañoso despojado de espíritu.

CDXV

He buscado algún modo de hacer fortuna sin mérito y no he encontrado ninguno.

CDXVI

Cuanto menos se quiere merecer la fortuna, tanto mayor trabajo es preciso para conseguirla.





CDXVII

Los espíritus bellos tienen un lugar entre las buenas compañías; pero el último de todos.

CDXVIII

Los tontos utilizan a los hombres de talento. del mismo modo que los hombres bajos usan grandes tacones.

CDXIX

Respecto de ciertos hombres es preferible callarse a alabarles según su mérito.

CDXX

No debe intentarse contentar a los envidiosos.

CDXXI

La avaricia no se sacia con las riquezas ni la intemperancia con la voluptuosidad, ni la ociosidad con la pereza, ni la ambición con la fortuna, así, si la virtud y la gloria nos hacen felices, lo que se llama felicidad merece nuestros afanes.





CDXXII

Hay más debilidad que razón en sentirnos humillados por aquello de que carecemos, y esta es la fuente de toda debilidad.

CDXXIII

El desprecio de nuestra naturaleza es un error de nuestra razón.

CDXXIV

Un poco de café después de las comidas hace que se estime uno a sí mismo. Basta también una pequeña chanza para abatir una gran presunción.

CDXXV

Se obliga a los jóvenes a usar de sus bienes como si estuviésemos seguros de que han de llegar a viejos.

CDXXVI

A medida que la edad multiplica los deseos de la naturaleza, reserva los de la imaginación.





CDXXVII

Todos se arrogan el derecho sobre un enfermo: sacerdotes, médicos, criados, extraños, amigos, y no hay a su alrededor quien no se crea con facultad para gobernarle.

CDXXVIII

Cuando se llega a ser viejo, es preciso, componerse.

CDXXIX

La avaricia anuncia la decadencia de la edad y la precipitada fuga de los placeres.

CDXXX

La avaricia es la última y la más absoluta de nuestras pasiones.

CDXXXI

Nadie puede pretender mejor los altos cargos que los que tienen el talento de ellos.





CDXXXII

Los mejores ministros han sido aquellos a quienes la fortuna había colocado más lejos de su cargo.

CDXXXIII

La ciencia de los proyectos consiste en prevenir las dificultades de su ejecución.

CDXXXIV

La timidez para ejecutar frustra las empresas temerarias.

CDXXXV

El mayor de todos los proyectos es el de tomar un partido.

CDXXXVI

Se promete mucho para dispensarse de dar poco.

CDXXXVII

La pereza y el interés destruyen las promesas, sinceras en ocasiones, de la vanidad





CDXXXVIII

No debe temerse demasiado ser víctima de los demás.

CDXXXIX

La paciencia obtiene a veces de los hombres lo que no han tenido nunca intención de conceder. La ocasión puede obligar también a los más embusteros a hacer efectivas falsas promesas.

CDXL

Los dones interesados son importunos.

CDXLI

Si fuese posible dar sin perder, se hallarían aún hombres inaccesibles.

CDXLII

El ateo emperdernido le dice a Dios: ¿porqué has hecho desgraciados?

CDXLIII

Los avaros no se precian de muchas cosas.





CDXLIV

La locura de los que van a sus fines es creerse hábiles.

CDXLV

La burla es la prueba del amor propio.

CDXLVI

La alegría es la madre de las agudezas.

CDXLVII

Las sentencias son las agudezas de los filósofos.



CDXLVIII

Los hombres pesados son tercos.

CDXLIX

Nuestras ideas son más imperfectas que nuestras palabras.

CDL

La palabra y el talento tienen sus límites. La verdad es inagotable.





CDLI

La naturaleza ha dotado a los hombres de distintos talentos. Unos nacen para inventar y otros para embellecer; pero el dorador atrae más miradas que el arquitecto.

CDLII

Un poco de buen sentido desvanecería mucho ingenio.

CDLIII

El carácter del falso talento es no brillar más que a expensas de la razón.

CDLIV

Se es tanto menos razonable sin precisión cuanto se tiene más ingenio.

CDLV

El espíritu necesita estar siempre ocupado y esto es una razón para hablar mucho y pensar poco.





CDLVI

Cuando no sabemos entretenemos y divertirnos a nosotros mismos, queremos divertir y entretener a los demás.

CDLVII

Hallaréis pocos perezosos a quienes no incomode la ociosidad; si entráis en un café veréis que todos juegan allí a las damas.

CDLVIII

Los perezosos tienen siempre deseo de hacer alguna cosa.

CDLIX

La razón no debe regular sino suplir a la virtud.

CDLX

Juzgamos de la vida de una manera demasiado desinteresada cuando nos vemos obligados a dejarla.





CDLXI

Sócrates sabía menos que Bayle: hay pocas ciencias útiles.

CDLXII

Ayudémonos de las malas razones para fortificarnos en buenos intentos.

CDLXIII

Los consejos fáciles de practicar son los más útiles.

CDLXIV

Aconsejar es proporcionar a los hombres razones de obrar que ignoran.

CDLXV

Es injusto exigir a los demás que hagan por nosotros lo que no quieren hacer por ellos mismos.

CDLXVI

La conducta de los espíritus mejor organizados nos inspira desconfianza; pero no nos inspira nuestros consejos.





CDLXVII

¿La edad puede dar el derecho de gobernar la razón?

CDLXVIII

Creemos tener el derecho de hacer feliz a un hombre, a sus expensas, y no queremos que lo tenga él mismo.

CDLXIX



Cuando un hombre está enfermo, a menudo, si come una cereza y se resfría al día siguiente, no deja de decirse para consolarle, que ha empeorado su culpa.

CDLXX

Hay más severidad que justicia.

CDLXXI

La liberalidad del indulgente se llama prodigalidad.

CDLXXII

Deberían perdonársenos al menos las faltas que no existirían sin nuestras desgracias.





CDLXXIII

No se es nunca tan injusto con los enemigos como con los parientes.

CDLXXIV

Se puede pensar bastante mal de un hombre y ser enteramente su amigo, porque no somos tan perfectos que sólo podemos amar la perfección; y hay bastantes vicios que nos agradan hasta en los demás.

CDLXXV

El odio de los débiles no es tan peligroso como su amistad.

CDLXXVI

En la amistad, en el matrimonio, en el amor, en cualquier trato que sea queremos siempre sacar algún provecho, y como las relaciones de los amigos, de los amantes, de los parientes, de los hermanos, etc., no son más extensas que todas las demás, no debe sorprendernos hallar en ellas mayor ingratitud e injusticia.





CDLXXVII

El odio no es menos inconstante que la amistad.

CDLXXVIII

La piedad es menos tierna que el amor.

CDLXXIX

Las cosas que se saben mejor son las que no se aprenden.

CDLXXX

A falta de cosas extraordinarias, nos gusta se nos propongan las que tienen aspecto de ello.

CDLXXXI

El espíritu desarrolla las simplicidades del sentimiento para atribuirse el honor de ellas.

CDLXXXII

Se vuelve una idea como un traje, para servirse varias veces de ella.





CDLXXXIII

Nos enorgullecemos de que se nos proponga como un misterio aquello mismo que hemos pensado naturalmente.

CDLXXXIV

Si nos agradan medianamente los filósofos, es porque no nos hablan bastante de cosas que sabemos.

CDLXXXV

La negligencia y el temor a comprometerse introducen la cortesía en la disputa.

CDLXXXVI

Los grandes cargos dispensan a veces menores talentos.

CDLXXXVII

Aunque haya mérito en desdeñar los altos cargos, mayor existe todavía en desempeñarlos bien.





CDLXXXVIII

Si las grandes ideas nos engañan, nos divierten en cambio.

CDLXXXIX

No hay ningún memorialista que no se prefiera a Bossuet, sencillo escritor de prosa; en el orden de la naturaleza nadie debe pensar con tan poca justicia como un genio frustrado.

CDXC

Un poeta no reconoce para sus escritos ningún juicio competente. Si no se hacen versos, no se entiende del asunto, y si se hacen, se habla por rivalidad.

CDXCI

El mismo poeta cree hablar la lengua de los dioses cuando sólo habla la de los seres humanos. Es como un mal comediante que no puede declamar como se habla.





CDXCII

Otro defecto de la mala poesía es alargar la prosa, como el carácter de la buena es abreviarla.

CDXCIII

No hay quien no piense al leer una obra escrita en prosa: yo no lo haría mejor si quisiera tomar el trabajo de ello. Yo diría a muchos: haced una sola reflexión digna de ser escrita.

CDXCIV

Todo lo que tomamos por defecto en la moral no lo es de ningún modo.

CDXCV

Señalamos pocos vicios para admitir pocas virtudes.

CDXCVI

El espíritu es limitado hasta en el error, del que se dice es su dominio.





CDXCVII

El interés de una sola pasión, a menudo desgraciada, tiene a veces cautivas a todas las demás, y la razón arrastra sus cadenas sin poderlas romper.

CDXCVIII

Hay debilidades, si nos atrevemos a decirlo, inseparables de la naturaleza.

CDXCIX

Si se ama a la vida, se teme la muerte.

D

La gloria y la estupidez ocultan la muerte sin triunfar de ella.

DI

El término del valor es la intrepidez en el peligro.

DII

La nobleza es un monumento de la virtud, inmortal como la gloria.





DIII

Cuando llamamos a las reflexiones nos huyen, y cuando queremos sacudirlas nos obsesionan, y mantienen a nuestro pesar abiertos nuestros ojos durante la noche.

DIV

La excesiva disipación y el estudio exagerado agotan y secan igualmente el espíritu; en todos los géneros los rasgos firmes no se ofrecen a un espíritu caído y fatigado.

DV

Así como hay almas inconstantes a quienes dominan alternativamente todas las pasiones, se ven espíritus inquietos, y sin madurez de juicio, que admiten sucesivamente todas las opiniones, o se dividen entre las contrarias, sin atreverse a decidir.

DVI

Los héroes de Corneille hacen gala de máximas fastuosas, y hablan magníficamente de sí mismos, y esta





hinchazón de sus discursos pasa por virtud entre los que no tienen en su corazón regla alguna para distinguir la grandeza de alma de la ostentación.

DVII

El talento no hace conocer la virtud.

DVIII

No hay hombre que tenga la suficiente fuerza de espíritu para no enojarse jamás.

DIX

La conversación más encantadora cansa el oído de un hombre preocupado con cualquier pasión.

DX

Las pasiones nos separan algunas veces de la sociedad, restituyéndonos el espíritu que es al mundo tan inútil como llegamos a serlo nosotros mismos a placeres ajenos.





DXI

El mundo está lleno de hombres que se imponen a los demás por su reputación o su fortuna, pero si permiten que nos aproximemos a ellos demasiado, pasamos de golpe de la curiosidad que nos inspiran al desprecio, de igual modo que, nos curamos a veces en un instante del amor que no sentimos hacia una mujer a quien solicitábamos con afán.

DXII

Se está bien lejos de agradar cuando sólo se tiene ingenio.

DXIII

El talento no nos garantiza de las tonterías de nuestro carácter.

DXIV

La desesperación es el mayor de los errores.





DXV

La necesidad de morir es la más amarga de nuestras aflicciones.

DXVI

Si la vida no tuviese fin alguno ¿quién desesperaría de la fortuna? La muerte colma la adversidad.

DXVII

¡Qué inútiles son los mejores consejos cuando hasta nuestra propia experiencia nos instruye tan raramente!

DXVIII

Los consejos que se creen más prudentes son lo menos adecuados a nuestra situación.

DXIX

Tenemos reglas para el teatro que exceden quizás las fuerzas del humano espíritu.

DXX

Cuando una obra está hecha como para ser representada, es injusto juzgar de ella sólo por su lectura.





DXXI

El fin de nuestros autores trágicos es conmover, y es hacer demasiado honor al espíritu humano creer que las obras defectuosas no pueden producir este defecto. No se necesita arte para sacar de quicio los talentos mayores, y ocultarles en una obra, que pinta las pasiones, grandes defectos. No debe suponerse en el sentimiento una delicadeza que sólo adquirimos por la reflexión; ni imponer a los autores una perfección que no pueden esperar. Nuestro gusto se contenta con menos. Previsto que no hay más irregularidades en una obra que en nuestras propias manos concepciones, nada puede impedir que agrade si es buena en otros sentidos. ¿No tenemos tragedias monstruosas que obtienen siempre todos los aplausos, a pesar de los críticos, y que hacen las delicias del pueblo o por mejor decir, de la mayor parte de los hombres? Sé que el éxito de estas obras prueba menos el genio de sus autores que la debilidad de sus partidarios; es de hombres delicados elegir mejores modelos y esforzarse en todos los géneros por igualar a la bella



naturaleza, pero, como ésta tampoco se halla exenta de defectos, por hermosa que aparezca, no debemos exigir a los autores lo que la misma naturaleza no puede proporcionarles. Se hace de todo punto preciso que nuestro gusto sea siempre tan difícil de contentar corno nuestro talento.

DXXII

Puede agradar a un traductor admirar hasta los defectos de su original, y atribuir todas sus necedades a la barbarie del siglo. Cuando creo percibir siempre en un autor las mismas bellezas y los mismo defectos, me parece más razonable convenir en que es un escritor que une grandes defectos a eminentes cualidades, una gran imaginación y poco juicio a mucha fuerza y poco arte, etc., y aunque no nos admire mucho el espíritu humano, no puedo, no obstante, degradarle hasta el punto de colocar en primera fila un genio tan defectuoso que ofende de continuo el sentido común.





DXXIII

Conciliamos tan pocas cosas por falta de penetración.

DXXIV

Querríamos despojar de sus virtudes a la especie humana, para justificarnos de nuestros vicios y ponerles en lugar de las virtudes destruidas, semejantes a los que se revuelven contra los poderes legítimos, no para igualar todos los hombres por la libertad, sino para usurpar la misma autoridad que calumnian.

DXXV

Un poco de cultura y mucha memoria, con alguna osadía en las opiniones y en contra de los prejuicios, hacen parecer extenso el espíritu.

DXXVI

No deben ponerse en ridículo las opiniones respetadas, porque se ofende a sus partidarios sin confundirles.





DXXVII

La broma mejor basada no convence de ningún modo; hasta tal punto sabemos que se apoya en falsos principios.

DXXVIII

La incredulidad tiene sus entusiastas como la superstición; y así como hay devotos que niegan a Cronwell hasta el buen sentido, se hallan hombres que llaman a Pascal y a Bossuet pequeños espíritus.

DXXIX

El más sabio y el más valiente de todos los hombres, M. de Turena, ha respetado la religión, y una infinidad de hombres obscuros se colocan en el lugar de los genios y de las almas fuertes sólo porque la desprecian.

DXXX

Así sacamos vanidad de nuestras debilidades y de nuestros falsos errores. La razón hace los filósofos y la gloria los héroes; sólo la virtud hace los sabios.





DXXXI

Si escribimos algo para instruirnos, o para solaz de nuestro corazón, hay grandes probabilidades de que nuestras reflexiones sean todavía útiles a otras personas, porque nadie es único en su especie, y jamás somos tan inciertos, tan vivos, ni tan conmovedores, como cuando tratamos de las cosas por nosotros mismos.

DXXXII

Cuando nuestra alma está llena de sentimiento, nuestros discursos están llenos de interés.

DXXXIII

Lo falso, presentado con arte nos sorprende y nos deslumbra; pero lo verdadero nos persuade y nos domina.

DXXXIV

No puede simularse el genio.

DXXXV

No hacen falta muchas reflexiones para hacer cocer un pollo, y sin embargo, vemos hombres que son toda





su vida malos cocineros, hasta tal punto es preciso en todos los oficios ser llamado a ellos por un instinto particular, independiente de la razón.

DXXXVI

Cuando las reflexiones se multiplican, los errores y los conocimientos aumentan en la misma proporción.

DXXXVII

Los que nos sucedan, sabrán quizás más que nosotros, y se creerán por ello con mayor talento, pero ¿serán más felices y prudentes? Nosotros mismos que sabemos mucho, ¿somos mejores que nuestros padres, que sabían tan poco?

DXXXVIII

Estamos de tal manera preocupados con nosotros mismos, y con nuestros semejantes, que no concedemos la menor atención a todo lo demás que se halla ante nuestros ojos y alrededor nuestro.





DXXXIX

¡Qué pocas cosas juzgamos bien!

DXL

No tenemos bastante amor propio para desdeñar el desprecio de los demás.

DXLI

Nadie nos censura tan severamente como nos condenamos nosotros mismos.

DXLII

El amor no es tan delicado como el amor propio.

DXLIII

Nos atribuimos por lo general nuestros éxitos malos o buenos, y nos hacemos responsables o nos alabamos de los caprichos de la fortuna.

DXLIV

Nadie puede envanecerse de no haber sido nunca despreciado.





DXLV

Es necesario que todas nuestras habilidades y todas nuestras faltas tengan consecuencia; hasta tal punto hay pocas cosas que dependan de nuestra conducta.

DXLVI

¡Cuántas virtudes y vicios no tienen consecuencias!

DXLVII

No estamos satisfechos de ser hábiles si se ignora que lo somos; y por no perder el mérito de ello perdemos a veces el fruto.

DXLVIII

Las personas vanas no pueden ser hábiles, porque no tienen el valor de callarse.

DXLIX

Es a menudo una gran ventaja para un embajador, hacer creer que no entiende los intereses de su señor y que la pasión le aconseja; evita de este modo se le adivine; y reduce los que tienen deseo de acabar pronto



a aflojar en sus pretensiones. Los más hábiles se creen a veces obligados a ceder ante un hombre que resiste a la razón y que escapa a todos sus atentados.

DL

Todo el fruto que ha podido obtenerse de colocar a algunos hombres en altos puestos, se ha reducido, a saber que eran hábiles.

DLI

No se necesita tanto conocimiento para ser hábil como para parecerlo.

DLII

Nada es tan fácil a los hombres que gozan de un empleo como apropiarse el saber del prójimo.

DLIII

Es quizás más útil en los altos empleos saber y querer servirse de gentes instruidas que serlo uno mismo.

DLIV

El que tiene un gran sentido sabe mucho.





DLV

Por afición que se tenga a los grandes negocios, hay pocas lecturas tan enojosas y cansadas como la de un tratado entre príncipes.

DLVI

La esencia de la paz es de naturaleza eterna, y sin embargo, no vemos durar ninguna la vida de un hombre y apenas hay reinado en que no haya sido renovada muchas veces. ¿Pero debe asombrarnos que aquellos mismos que necesitan de las leyes para ser justos, sean capaces de violarlas?

DLVII

La política hace entre los príncipes lo que los tribunales de justicia entre los particulares. Muchos débiles unidos contra un poderoso le imponen la necesidad de contener su ambición y sus violencias.

DLVIII

Era más fácil a los romanos y a los griegos subyugar grandes naciones, que hoy conservar una peque-





ña provincia, justamente conquistada en medio de tantos vecinos celosos, y de pueblos igualmente instruidos en la política y en la guerra y unidos por sus intereses, por las artes o el comercio, como separados por sus límites.

DLIX

M. de Voltaire no mira la Europa más que como una república formada de diferentes soberanías. Así, un espíritu extenso disminuye en apariencia los objetos, confundiéndoles en un todo que los reduce a su justa extensión; pero les agranda realmente, desarrollando sus relaciones y no formando así con tantas partes irregulares más que un solo y magnífico cuadro.

DLX

Es una política útil, pero limitada, determinarse siempre por el presente, y preferir lo cierto a lo dudoso aunque sea menos lisonjero; pero no es así como los Estados se elevan, ni tampoco los particulares.





DLXI

Quien lo sabe sufrir todo, a todo se puede atrever.

DLXII

Los hombres son enemigos natos los unos de los otros, y no por causa de que se odien, sino porque no se pueden engrandecer sin perjudicarse, de suerte que, observando religiosamente las conveniencias sociales, que son las leyes de la tácita guerra que mantienen, me atrevería a decir que casi siempre es una justicia que se inculpen los unos a los otros.

DLXIII

Los particulares negocian; hacen alianzas, tratados, ligas, la paz y la guerra; en una palabra, todo lo que los reyes y los pueblos más poderosos pueden hacer.

DLXIV

Decir igualmente bien de todo el mundo es una mezquina y mala política.





DLXV

La malicia ocupa el lugar del ingenio.

DLXVI

La fatuidad indemniza de la falta de corazón.

DLXVII

El que se impone a sí mismo se impone también a los otros.

DLXVIII

No habiendo igualado la naturaleza a todos los hombres por el mérito, parece que no ha podido ni debido igualarles por la fortuna.

DLXIX

La esperanza hace más confiados que la destreza.

DLXX

El cobarde tiene que devorar menos afrentas que el ambicioso.





Nunca faltan razones cuando se ha hecho fortuna para olvidar a un bienhechor, o a un antiguo amigo, y se recuerdan entonces con despecho todas las genialidades que durante tanto tiempo les hemos disimulado.

DLXXII

Cuando un beneficio, sea el que sea, y cueste lo que cueste, se ha recibido a título de tal, tenemos la obligación de pagarlo como se hace un mal negocio cuando hemos dado nuestra palabra.

DLXXIII

No hay injuria que no se perdone cuando se ha vengado.

DLXXIV

Se olvida la afrenta sufrida hasta atraerse otra por la insolencia.

DLXXV

Si es verdad que nuestras alegrías son cortas, la mayor parte de nuestras penas no son más largas.





DLXXVI

La mayor fuerza de espíritu nos consuela menos prontamente que su debilidad.

DLXXVII

No hay pérdida que se sienta tan vivamente ni durante menos tiempo que la de una mujer amada.

DLXXVIII

Pocos afligidos saben fingir todo el tiempo necesario a su decoro.

DLXXIX

Nuestros consuelos son una adulación hacia los afligidos.

DLXXX

Si, los hombres no se adulasen los unos a los otros, no habría sociedad posible.

DLXXXI

No nos tiene que admirar la religiosa sinceridad de nuestros padres, que nos enseñaron a acuchillarnos





por un mentís; tal respeto a la verdad aun entre bárbaros, que no conocían más que la ley de la naturaleza, es glorioso para la humanidad.

DLXXXII

Sufrimos pocas injusticias por bondad.

DLXXXIII

Nos persuaden a veces nuestras mentiras, por no tener quien las desmienta, y nos engañamos nosotros mismos queriendo engañar a los demás.

DLXXXIV

La verdad es el sol de las inteligencias.

DLXXXV

Mientras que una parte de la nación toca el término de la cortesía y del buen gusto, la otra mitad es bárbara a nuestros ojos, sin que un espectáculo tan singular pueda privarnos del desprecio a la cultura.





DLXXXVI

Todo lo que halaga más nuestra vanidad se funda solamente en la cultura que despreciamos.

DLXXXVII

La experiencia que tenemos de lo limitado de nuestra razón nos hace dóciles a los prejuicios.

DLXXXVIII

Como es natural creer muchas cosas sin demostración, no lo es menos dudar de algunas otras a pesar de sus pruebas.

DLXXXIX

La convicción del espíritu no entraña la del corazón.

DXC

Los hombres no se comprenden los unos a los otros. Hay menos locos de lo que se cree.





DXCI

Por poco que se estudien la religión y las miserias de la humanidad, no se halla dificultad ninguna en colocarse entre los espíritus superiores.

DXCII

Hombres inquietos y temerosos por los intereses más pequeños afectan desafiar la muerte.

DXCIII

Si los menores peligros en los negocios de la vida nos proporcionan vanos terrores, ¡en qué alarmas no debe sumergirnos la muerte, cuando es la eterna cuestión de nuestro ser, y cuando no está ya en nuestra mano manejar en interés único que nos resta ni acaso conocerle!

DXCIV

Newton, Pascal, Bossuet, Racine, Fenelón, es decir, los hombres más esclarecidos de la tierra, en el más filósofo de los siglos, y en la fuerza de su talento y de





su edad, han creído en Jesucristo, y el gran Condé al morir, repitió estas nobles palabras: «Sí veremos a Dios como es, *sicuti est, facie ad faciem*».

DXCV

Las enfermedades suspenden nuestras virtudes y nuestros vicios.

DXCVI

La necesidad colma los males que no puede aliviar.

DXCVII

El silencio y la reflexión agotan las pasiones, como el trabajo y el ayuno consumen los temperamentos.

DXCVIII

La soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo.

DXCXIX

Los hombres activos soportan con más impaciencia el fastidio que el trabajo.





DC

Toda pintura verdadera nos encanta; hasta las alabanzas de los demás.

DCI

Las imágenes embellecen la razón, y el sentimiento la persuade.

DCII

La elocuencia vale más que el saber.

DCIII

Por lo que preferimos muy justamente el talento al saber, es porque éste está mal nombrado y no es, por lo general, tan sutil ni tan extenso como el que conocemos por experiencia, o podemos adquirir por la reflexión. Miramos también el entendimiento como la causa del saber, y estimamos más la causa que su efecto; esto es razonable. Sin embargo, el que nada ignorase, tendría todo el talento que puede tenerse; el mayor talento del mundo no es más que ciencia o capacidad de adquirirla.





DCIV

Los hombres no se admiran lo bastante para reconocerse unos a otros capacidad de los altos empleos. Todo lo que hacen por aquellos que los desempeñan con éxito, es estimarles después de la muerte. Pero proponed al hombre que tenga más talento del mundo: «sí» –os dirán–, sería aceptable si tuviera más experiencia, o fuese menos perezoso, o no tuviera carácter, o al contrario, porque no hay pretexto que no se tome para excluir al aspirante, hasta el decir que es demasiado honrado, suponiendo que no se le pueda reprochar nada más plausible: hasta tal punto es poco verdadera la máxima de que es más fácil parecer digno de los altos empleos que desempeñarlos bien.

DCV

Los que desprecian al hombre no son grandes hombres.

DCVI

Nos aplicamos a descubrir las contradicciones, a menudo imaginativas, o los demás defectos de un





autor, que a aprovechar sus percepciones, o falsas, o verdaderas.

DCVII

Para afirmar que un autor se contradice es preciso sea imposible conciliarle.






ÍNDICE






















Reflexiones y Máximas
de Luc de Clapiers
acabó de imprimirse en
los Talleres de la Imprenta
Kadmos de Salamanca el
10 de marzo de 2011



















